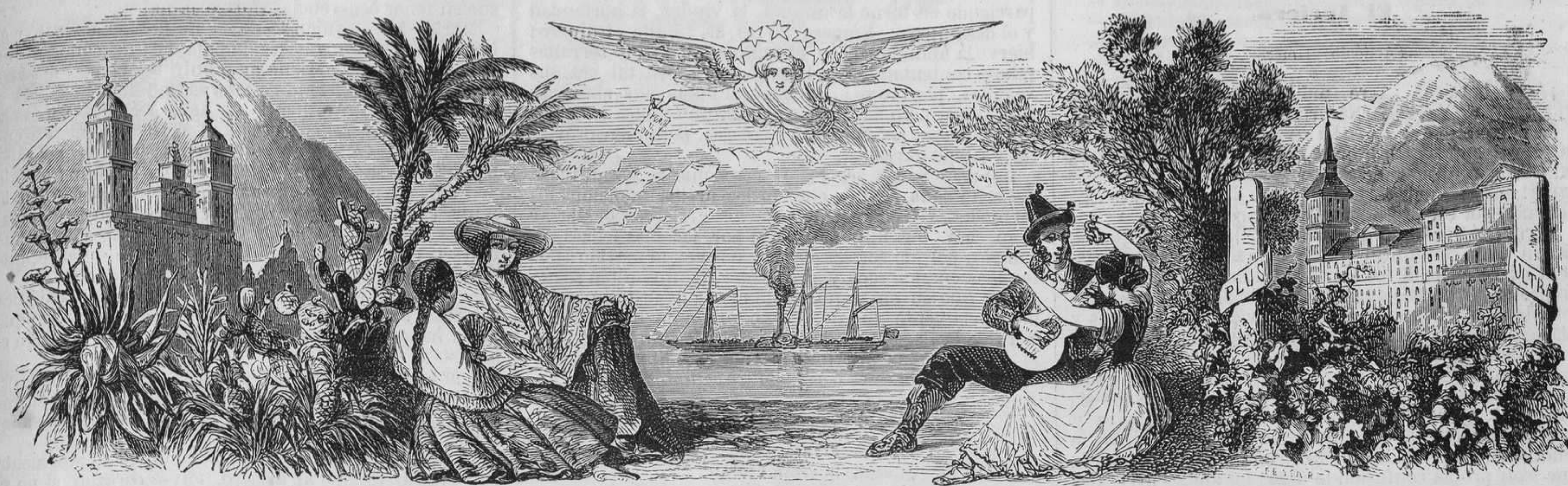


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1854. — TOMO IV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 13. — N° 98.

Administración general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

El general Bosquet; grabado. — El Arriero. — Revista de Paris. — Un reconocimiento en Sebastopol; grabado. — Fin trágico de sir John Franklin y de sus compañeros. — Nuevo sistema de puente para el paso de los ríos por la tropa; grabado. — Margarita Pusterla. — Gibraltar; grabados. — Historia de las modas. — Ciencias. — Explicación de la ascension de los aerónautas. — Viaje al interior de Africa; grabados. — El Loco. — Una tertulia en casa de Samael Johnson. — Revista de la moda. — El bombice del ricino; grabado.

El general Bosquet.

Hoy que el general Bosquet figura tan dignamente al lado del general Canrobert en el mando del ejército de Oriente, creemos serán leídos con interés algunos pormenores biográficos sobre este joven general que, según la opinion de los hombres competentes, está llamado á ser uno de los mas distinguidos capitanes del ejército francés. El general Bosquet (María José) nació en Pau en 1810, y despues de haber hecho sus estudios en el colegio de esa ciudad, entró en la Escuela politécnica en 1829, de donde salió para pasar dos años en la Escuela militar de Metz. En 1833 obtuvo el grado de subteniente de artillería.

En conformidad al uso de la Escuela tenia la facultad de designar el regimiento á que queria pasar; pero él pidió que le enviaran á la Argelia, gracia que le fué negada, y tuvo que marchar de guarnicion á Valence. Sin embargo, en esta guarnicion supo emplear sus ocios en trabajos teóricos que llamaron la atencion de sus jefes, hasta que por fin, en junio de 1834 se embarcaba con el 10° de artillería para la Argelia, que era el objeto constante de todos sus deseos. Difícil sería seguirle paso á paso en las infinitas expediciones en que tomó parte durante los veinte años que pasó en Argelia; pero no podemos ménos de citar entre sus gloriosos hechos de armas á que debió sucesivamente todos sus grados, el siguiente que, aunque no tan brillante como otros, como ocurrió en el principio de su vida militar, hizo augurar muy bien de sus capacidades militares.

En una expedicion de una corta columna á la cual habia ido agregado con algunas piezas de artillería, el cuerpo expedicionario quedó envuelto por una masa de arabes. El teniente Bosquet recibe instrucciones sobre la direccion que debe dar al fuego de sus piezas, pero este, que conoció mejor los obstáculos y los recursos de accion, combate respetuosamente el plan de su jefe, y sugiere una maniobra que debe obligar al ene-

migo á replegarse, permitiendo despues á la columna el que le disperse haciéndole sufrir grandes pérdidas. Se adopta el plan, y el teniente Bosquet queda encargado del movimiento. El éxito de esta accion justificó los cálculos y las previsiones del general improvisado, la batalla fué ganada por los franceses, y Bosquet acababa de establecer los cimientos de su reputacion mili-

nombrado comandante de batallon de los tiradores indigenas de Oran, y en 1845 teniente-coronel en el 15° de infantería ligera. Al año siguiente pasó con el mismo grado al 44° de infantería de línea; despues fué promovido al grado de coronel en el 53° de línea, y en 1848 recibió el mando del 16 de línea. En agosto de este último año fué nombrado brigadier, y por último elevado al grado de general de division en agosto de 1853, quedo á disposicion del ministro de la Guerra y recibió el mando de la segunda division del ejército de Oriente.

El general Bosquet fué nombrado comendador de la Legion de honor en 1851, despues de su expedicion á la Kabilia.

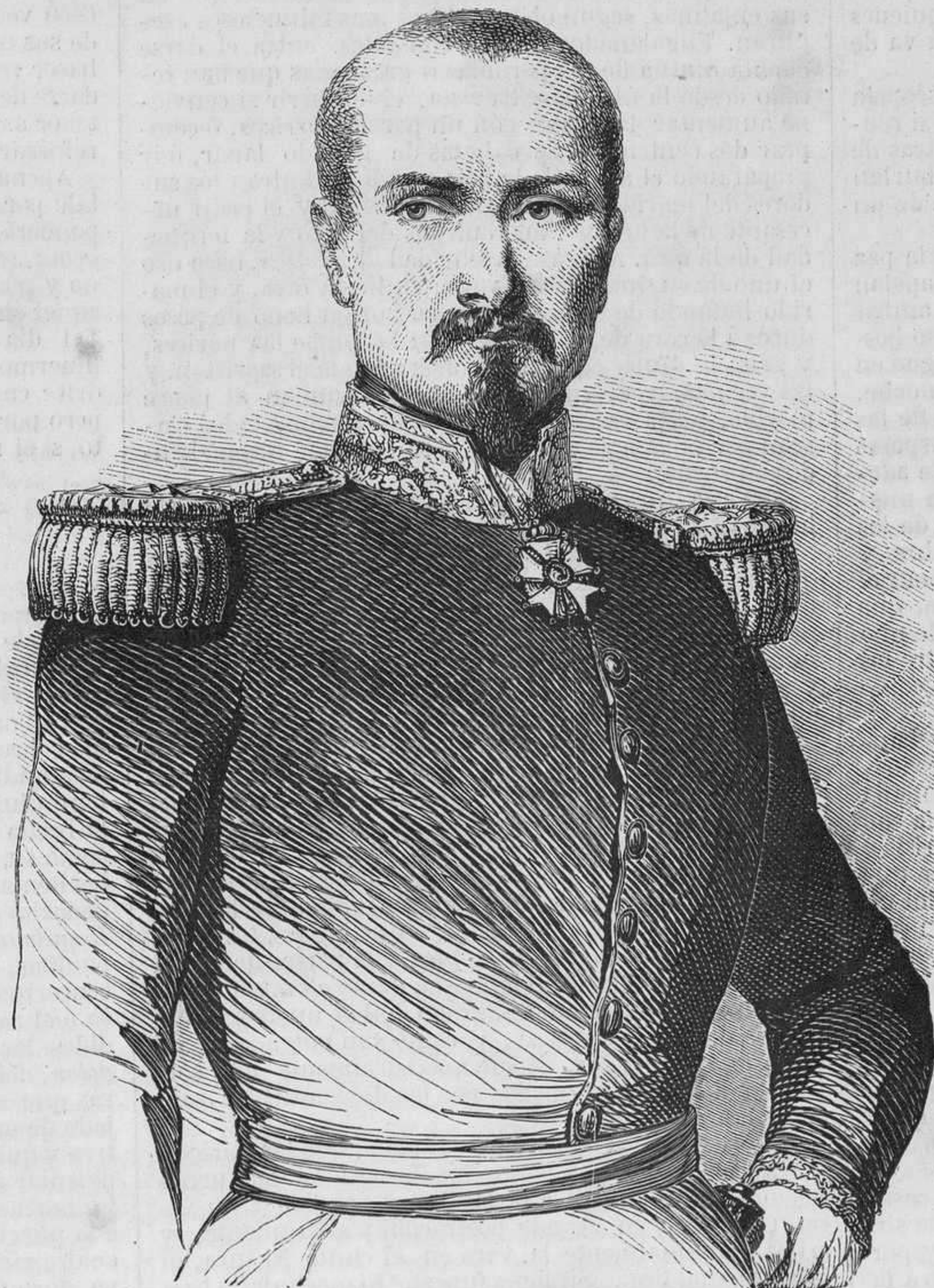
Pocos combates memorables ha habido en Argelia en los cuales no haya tomado parte el general Bosquet durante los últimos veinte años. Herido en el combate de Sidi-Tackhdar en 1841, el 11 de abril de 1851 recibió un balazo en la cabeza en el paso de la garganta de Menagel que forzó á la cabeza de una brigada, inaugurando con esa accion brillante la guerra de la Kabilia, como acaba de inaugurar la campaña de la Crimea, forzando el paso del Alma, movimiento audaz, que según el mariscal de Saint-Arnaud, ocasionó el principio de la derrota de los rusos.

Lo que acabamos de decir del general Bosquet es suficiente para demostrar sus capacidades militares; ahora añadiremos solo dos palabras para pintar la inflexible rectitud de su carácter, y esa elevacion de sentimientos que recuerdan en él á un héroe de Plutarco.

Tenemos á la vista una carta confidencial escrita por el general á un amigo de juventud; las líneas siguientes que se nos han permitido tomar de esa correspondencia amistosa, dan la idea de un gran carácter y de una inteligencia elevadísima. He aquí con que sencillez habla el general de sus ascensos:

« En el dia es moda ostentar una ambicion febril, y removerlo todo para levantarse sobre los demás; yo no sé lo que puede dar á pensar mi fortuna en la carrera de las armas, lo que sé, es que yo entro por poca cosa en todo ello. La suerte lo ha querido así; parece que estaba escrito: *Mektub-Allah*, como dicen los árabes, y me inclino bastante á esta creencia que cuadra tan bien con mi itinerario en esta vida. Desafío á los muertos y á los vivos á que citen de mí un paso ó una palabra que impliquen por mi parte un deseo de dirigirme con preferencia á este ó al otro lado... Confieso que el mando me gusta mucho, por los resultados que á su beneficio se pueden obtener, pero los honores, el marco dorado que le rodea, no me gustan, y los huyo por cuantos medios están á mi alcance. »

Los ejemplos de semejante abnegacion son muy ra-



El general Bosquet.

tar. Propuesto para recibir la condecoracion de la Legion de honor, hubo intrigas y se la negaron, pero sus compañeros, indignados, reclamaron contra esta injusticia, y Bosquet fué condecorado por un decreto especial como lo merecia.

De 1834 á 1839 obtuvo tres ascensos de grado en el cuerpo de artillería, y despues de haber cambiado de regimiento varias veces, en junio de 1842 Bosquet fué

ros; solo se encuentran á veces en la vida de los hombres superiores por sus luces, y se encuentran siempre en la del filósofo y el sabio.

El Arriero.

(Artículo primero.)

¡Arre, borrico! ¡Arre, puñales, arre! ¡Maldita sea tu estampa! ¡Arriaa... Nacarino! ¡Borrascas!...

El personaje que con tan ruda oración inaugural se introduce en este libro tras de una recua pumberosa, mixta de mulos y de asnos, gritando tantas veces ¡arre! debe llamarse Arriero, como el que siempre está pidiendo por Dios se llama *Pordiosero*.

¡Arre, só! palabras que no son palabras; porque no sirven para comunicar á nuestros semejantes; verdadera excrecencia de los idiomas humanos y diccionario entero de las bestias de carga. Solo estas dos voces, interpoladas con algunos eficaces porvidas, maldiciones y blasfemias, y sobre todo con una vara de fresno delgada, flexible, pero nudosa y fuerte, bastan al arriero para regir un pueblo irracional y trashumante. Estos son sus medios de gobierno; sus principios son los siguientes: á burro lerdo arriero loco, pocas leyes y mucho palo, y con ellos no teme que sus vasallos se amotinen, insurreccionen, ni pronuncien; de manera que (con propia confusión lo digo) los anales arrieriles no cuentan otro pronunciamiento anual que el de la burra de Balam, sin que desde entonces hayan vuelto á decir los asnos esta boca es mía.

La animada fisonomía del arriero, su color tostado y encendido, rostro enjuto pero sano, revelan la robustez que nace del ejercicio corporal. La costumbre de respirar un aire puro y la insensibilidad y dureza para los trabajos.

Es interesado de condición, y prefiere á la módica pero segura ganancia del labrador, la mas pingüe y arriesgada que su industria le proporciona; y al sosiego y dulcedumbre del hogar paterno la vida nómada de traginantes. El trato continuo con irracionales, el hábito de vencer obstáculos y de salvar peligros, le hacen duro y desalmado, y la falta de diversiones, propenso á buscarla de todas clases, aun á costa de pesadas bromas y bellaquerías. Es á pesar de todo compasivo y honrado con los pobres caminantes, á quienes ofrece muchas veces llevar á caballo si la recua va de vacío.

Valiente si los hay, á nadie teme llevando su escopeta colgada de la enjalma y la navaja en el cinto; y si reunidos tres ó cuatro compañeros se aparapetan tras de sus mulos, con sus fieles mastines á los pies, se burlan de una gabilla de salteadores, que suele burlarse de un par de compañías de guardias civiles.

Verdades que no siempre fian la conservación de la paz á su imponente resolución y marcial aparato, y apelan mas bien á transacciones diplomáticas entre ambas partes beligerantes. Al cruzar un desierto y espeso bosque, un árido peñasal por donde el camino sigue en estrecho y tortuoso giro, en el silencio de la noche, cuando no se siente otro rumor que el del casco de las caballerías que hienden por instinto aquellas espesas tinieblas; observaréis entonces que el arriero se adelanta, deposita un puñado de plata en una piedra misteriosa como los altares druídicos, á los *castros* de los celtas, y entona luego sigilosamente una lúgubre y significativa cantinela. En este caso puede caminar el recuero entre bultos sombríos y mal encarados, que bajo sus mantas rojas enseñan los negros labios de una bocamarta, tan sereno como los israelitas por entre los muros de agua del mar Bermejo; pero humillado como un romano bajo las hocas caudinas.

Esta especie de seguros mutuos entre arrieros y bandidos prueba que, si bien en siglos anteriores el espíritu de asociación no estaba tan extendido, se mantenía en germen en la clase arrieril para brotar un día con vigor. A veces los caminantes salían de esta crisis á fuerza de rosarios rezados á coro con los arrieros que los salpimentaban siempre de votos y reniegos. Entonces se tenía por un evangelio aquel piadoso refrán de: *por oír misa y echar cebada nunca se perdió jornada*; pero la preocupación de las despreocupaciones ha llegado también hasta los caminos de herradura, y ha hecho dudar á los arrieros de la primera parte del susodicho proverbio; y si al pasar delante de una iglesia cuando tocan á misa en días festivos arguyen al arriero su indevoción, te responde que de cada misa que pierde se hace una picadura en el cinto para oirlas después todas juntas en su pueblo.

Extranjero en su patria y huésped de su misma casa, está casado con la mejor moza de su lugar, y vive sin recelos aun viéndola siempre de tarde en tarde y por poco tiempo. No se sabe si debe atribuirse esto á la mucha confianza que en ella tiene, en lo cual perdóneme si le digo que se le conoce poco el mundo que corre, ó á la falta de cariño, ó sobra de caritativos maritornes, que despreciando nocturnos hielos y escarchas matinales, truecan su blando lecho por las duras, estrechas y desiguales enjalmas del arriero, como allá Cide Hamete nos refiere.

Es muy singular por cierto el aspecto que presenta un pueblo de arriería. Solo se ven por las calles niños desnudos que se robustecen á la intemperie, y los pocos arrieros jubilados que llegan á la ancianidad, sobreviviendo á sus antiguas fatigas. Las mujeres abandonadas

por sus trashumantes maridos al cuidado del cura y del sacristan, maestro y fiel de fechos en una pieza, desdénando los quehaceres domésticos, invaden por necesidad los varoniles, y surcan con sus débiles manos los ingratos campos de la montaña. Cualquiera diría que una funesta plaga ha desolado aquellas comarcas, por las cuales pasó el horrible carro de la guerra desparciendo en torno la miseria, la viudez, la horfandad y el desamparo. Empero no es así: bulle el dinero; hierve la abundancia, y el semblante de las serranas rebosa contentamiento. Desaliñados serán tal vez sus vestidos, pero ricos; no muy limpias sus ebúrneas gargantas, pero adornadas con innumerables sartas de finos corales; poco aseadas sus casas, pero bien provistas y hospitalarias.

Impuros deben ser los placeres que se gozan fuera del seno de la virtud, cuando los arriba mencionados no moderan la impaciencia de los arrieros por llegar á su casa. Sus mujeres pasan por las mas felices del mundo, porque son las que ménos ven al marido; por las mas enamoradas y constantes, porque están seguras de que su amor no ha de morir de fastidio, como ordinariamente sucede. Como saben de fijo el día y hora de la llegada de su esposo, se ponen á trabajar en la heredad mas próxima al camino, entonando muy oportunamente estos ó semejantes cantares:

Ojos que te vieron ir
Por aquellos arenales,
¿Cuándo te verán venir,
Para alivio de mis males?

Mujeres hay, sin embargo, que para nada echan de ménos al marido cuyas faltas ha suplido el sacristan. Aguardan con la comida puesta la llegada del arriero, que siempre se verifica ántes de comer, y si ha podido hacerlo sin grave detrimento de sus intereses en días festivos, y sobre todo en Pascuas y Nochebuena: llega y... ¿á quién es dado pintar aquellos momentos de filial y conyugal ternura en que el arriero se ve rodeado de un enjambre de pediguños chiquillos que con el candor y la buena fe propios de sus inocentes años, le llaman padre á boca llena?

Este día es el único en que el arriero se afeita, se lava, se muda de camisa y se desnuda para reposar blanda y sosegadamente en el lecho conyugal, donde á pesar de tan inusitada molición, duerme ménos que en sus enjalmas, según observadores mas minuciosos aseguran. Engalanados ambos consortes, entra el darse cuenta mutua de las pérdidas ó ganancias que han tenido desde la última entrevista, el discutir si conviene aumentar la recua con un par de borricos, ó comprar dos centenares de cabezas de ganado lanar, ó ir preparando el ajuar de la hija casadera. Entran los sudores del marido al desabrochar el cinto y el pedir incesante de la mujer: los reniegos del uno y la terquedad de la otra. Al térase la felicidad doméstica, hace uso el uno de su inolvidable vara; chillan la otra, y el marido bufando de cólera, lanza su bolsón lleno de pesos duros á la cara de su *cara* mitad; la rompe las narices, y grita la mujer con nueva furia; acude el sacristan, y las vecinas, y el suegro, y todos abruman al pobre marido, todos conspiran contra su bolsillo, todos claman por la sangre vertida, y él se defiende respondiendo con sorna:

— Vaya, que por mas que digan, el dinero no puede hacer tanto daño.

Serénase luego la borrasca, merced al iris de plata que nuevamente sobre los bancos aparece: el fiel de fechos declara buena presa el bolsón que aplastó las narices de la mujer, y que, como cuerpo del delito, nunca quiso esta soltar de las manos; y meditabundo y mohino, luego que los imparciales mediadores se ausentan, manda el arriero poner la cena con ánimo de acostarse temprano y tomar de madrugada á su vida independiente y aventurera.

— De todos los portazgos que tengo que pagar en el camino, va diciendo el arriero en sus adentros, ninguno es tan costoso como el de mi mujer.

Esto le induce á sospechar que la sentencia del sacristan, juez árbitro en la disputa del día anterior, no ha sido tan justa como debiera, y que tal vez hubo inteligencia y cohecho entre el juez y la parte. Recuerda que en el polvo antidiluviano que desde *ab initio* cubre el pavimento del tálamo sagrado habia huellas enormes y distantes entre sí, y como tan entendedor en materia de pezuñas, decide magistralmente que solo han podido ser estampadas por las descomunales zancas del fiel de fechos.

Frunce las encarnadas cejas, hínchasele las narices, y descarga su cólera sobre los inocentes y taciturnos machos que tiemblan á la sombra y crugido de su vara. Caen luego en grande postración y abatimiento, y cruza máquinalmente la vara en el cinto. Ni jura, ni arrea, ni maldice... ¡Síntoma funesto! El macho fallo baja las orejas, encorva las patas y se tiende en medio de un lodazal, los sueltos borricos se *estralimitan* por esos trigos de Dios: toma entonces su resolución el flamante Otelo, deja el ganado á cargo del primer compañero que acierta á pasar por el camino; monta en su mula andariega, vuelve riendas atrás, y como una exhalación súbita y espontáneamente llega á su casa á deshora de la noche.

Llama con estrépito, tardan á abrirle, redobla con furia los golpes, va tal vez á desquiciar la puerta, cuando aparece la mujer. Apenas la infeliz ha tenido tiempo de recoger los restos de una opípara cena, de

ocultar al amante y de serenar su rostro para hacer frente á las sombrías é inquisitoriales miradas del marido, que pretextando habersele olvidado un encargo cualquiera, todo lo anda, todo lo mueve, todo lo registra, todo lo escudriña, de todo se hace cargo y á todo calla. Y como saben muy bien los lectores aficionados á cuentos de viejas de lugar, los arrieros en estos casos suelen tener ocurrencias muy originales.

Marido hay á quien le da la humorada de echar al hogar unos cuantos haces de paja, chamuscando al infeliz sacristan que tiene que huír en paños menores por la chimenea, donde estaba escondido.

Antójasele al otro llenar de agua fresca y serenada un tonel vacío, rebautizando al cristiano que en cucullas se aposentaba como Diógenes; y al de mas allá, por último, se le pone en las mientes sacudir un rollo de esteras so pretexto de estar lleno de ratones. Porfia la mujer en que ni siquiera tienen un pelo; insiste el marido; remítense á la prueba, y á los primeros descomunales yarapalos óyese chillar al *sensible* amante, que yace medio ahogado en aquel atahud de pleita.

— Escucha, escucha, dice el marido con sardónica sonrisa á su petrificada consorte; bien te decia yo que debia haber ratas mas grandes que nuestro amigo el sacristan.

Con este y otro segundo desahogo aplicado á las costillas de su mujer, torna el arriero al alcance de su recua, saboreando el ruin placer de la venganza satisfecha.

La idea de la infidelidad de su consorte no atormenta por mucho tiempo al arriero, cuyo corazón si no se encuentra en su bolsillo, nadie debe buscarlo sino entre sus bestias.

Por ellas traspasa el umbral de los mesones, y su primer cuidado es aliviarles del enorme peso que por espacio de doce mortales horas ha estado oprimiendo sus robustos lomos. Repasa una por una sus herraduras, y provisto de todos los instrumentos necesarios, él mismo repara inmediatamente la menor falta. Desdena la oficiosidad que quiere ayudarle en su trabajo: de nadie se fia. Sus manos son las que criban la cebada, las que limpian el pesebre con el mayor esmero, y le colman de abundancia pienso. A la luz del candil y mientras las caballerías comen, pasa al pellejo de cada una de ellas la mas escrupulosa revista. A la menor señal de rozadura, registra las enjalmas, muelle la parte contigua á la herida, la rellena de esponjosa lana, y si es menester, en esta misma incrusta los medicamentos. Cien veces ha de pasar la mano por las enhiestas crines de sus mimados mulos, y sendas cien palmadas ha de hacer resonar en sus cuartos traseros, ántes de recordarse de que tiene hambre, y de que hambre podrán tener asimismo los transeuntes cuyo estómago hay que reforzar con el suculento ajo de arriero.

Apénas habla de otra cosa que de su recua. Pregúntale por las tradiciones del país que atraviesas, y te responderá: « En este pedregal se resbaló mi mula *Pelegrina*, soberbio animal. Mas alma tenia que un cristiano y mas correa que san Agustín. — Allá abajo, en aquel charcal quedó atascado el burro de mi padre. — Tal día como hoy hace veinte años que le entró el muermo á mi macho *Vizcaino*, navegando cancia Madrid: cogí la escopeta y ¡zas! le dejé muerto de un tiro; pero por Dios vivo, que no sé quien quedó mas defunto, si el macho ó yo. »

El amor de la mujer
Dicen que se deja ver
En la ropa del marido.

Tampoco desmentirá la ropa de las caballerías el entrañable cariño que el arriero les tiene. Todos sus aderezos, cabezadas, jaquimas, enjalmas, mantas de sobrecarga, cinchas y ataharres, todos son de lujo y con esmero bordados los que tal labor admiten. Cuelgan de las sobrejalmas y borlas de seda, llamadas *sacamantas* ó *mandiles*, que majestuosamente llevan los mulos lominihestos arrastrando. El *Liviano*, en particular, ó la bestia que va delante de todas, y el *Postrero* que, como su nombre lo indica, es el último de la reata, son los Benjamines del arriero: lleva aquel un magnífico penacho ó banderín de estambre ó sedería, y el otro *Esquilata*, collar cuajado de ruidosos cascabeles y campanillas, ó pendiente de uno de los tercios el soberano cencerro de bronce significativamente llamado la *zumba* ó el *zumbo*, pues en indagar su sexo andan aun perdidos los naturalistas. Su continuo y monotonó *don, dolo, dolo*, tiene por objeto asegurar en noches oscuras que ningún macho de la reata se ha soltado ni dejado de andar, y la misión del *Liviano*, bestia facultativa y que tiene el voto de confianza del arriero, es la de guiar á las demás en iguales noches ó en temporales borrascosos de nieve y ventisqueros, y la de pararse á la puerta de la posada. Estos son los polos sobre los cuales gira y descansa la fortuna del arriero, el cual va dormido profundamente, sentado á la mujeriega, cara al sol, en uno de sus mulos, con la vara atravesada entre la faja y el cuerpo á la parte atrás del costado derecho. No le despertará el ruido atronador de la diligencia que pasa rozándole las piernas, y el silencio del *zumbo*, el compás de sus golpes mas ó ménos acelerado, bastan para turbar su profundo sueño.

¡Cuán terrible puede ser este letargo cuando los asnos van libres y sueltos á la vuelta de un recodo aparece súbitamente el coche de la maía, cuyas chispeantes ruedas levantan nubes de polvo que aturden y ciegan á la desmanada recua! Huyen las bestias en todas direcciones tirando al suelo la frágil carga de huevos fres-

cos de Castilla. Invaden los sembrados y el guarda del campo los prende; el recuero derribado, levántase hecho tortilla en busca de los fugitivos, y encuentra por fin á todos los que habian caído en manos de una tribu gitanesca. ¡Día de luto y desolacion para el arriero! Día en que habla en idioma en que no está en panléxicos, ni en diccionarios, y pronuncia aterradoras frases por el estilo de las que se usan en ciertas polémicas de periódicos.

Y mientras el infeliz rabia, jura y se desespera sin adelantar un paso en su jornada, la diligencia sigue volando á quince ó veinte leguas del sitio de la catástrofe, viva imagen del poderoso que siempre impunemente se burla de ordinario del flaco y miserable.

Estas desgracias se han hecho principalmente para los arrieros de segundo orden que hacen el viaje de cuenta y riesgo del que les paga su jornal, amen de la costa de la posada. Descuidados con la hacienda agena, como los asentistas, patronas de huéspedes y cocineros, especulan con lo que dejan otros de comer. Para ellos se han hecho tambien los frondosos prados donde los asnos hinchen de yerba como si dijéramos de bazofia, su extenuado vientre; para ellos los repetidos encuentros de ladrones, las acometidas del lobo que siempre se lleva el mejor bocado; el impetu de las corrientes que arrebatan al mulo de mejor carga, toda la interminable serie de percances que arruinan al propietario y elevan á tal dignidad á sus criados.

El arriero, por lo regular, es de corta vida, como quiera que tan aperreada y fementida sea la que ha traído: en el último tercio de ella se convierte en mesonero ó comerciante, aventurando en especulaciones arriesgadas el inmenso capital, fruto de veinte ó treinta años de ahorros y trabajos. No hace muchos meses que ha fallecido en una de las provincias del Norte á la edad de ochenta años un arriero millonario. Habiéndose retirado á disfrutar de su caudal, era público y notorio en el país que para conciliar el sueño tenían que subirle en uno de sus machos y hacerle andar montado una ó dos horas, único modo que tenía de reposar el resto de la noche. Ejemplo singular de la fuerza de una costumbre por largos años contrada, del premio que de ordinario alcanza la asiduidad y el trabajo.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

Revista de Paris.

No hay mozalvete en nuestro tiempo que al salir de la escuela, esto es, á la edad de quince años, no haya pensado en ser poeta. Ya se ve, la poesia es una cosa tan bella para un corazon nuevecito que ignora aun que en nuestros dias de caminos de hierro y empresas industriales, un poeta con mucho talento, si se quiere, pero no con bastante genio para elevarse muy por encima de los demás hombres, un poeta, decimos, en esas condiciones tiene ménos crédito en la vida positiva que el mas humilde tendero.

El comercio de las musas no es en el dia otra cosa que la explotacion gratuita de un objeto de futilidad que habria hecho quiebra hace ya tiempo, si el hombre pudiese entrar de repente en el mundo de la realidad, esto es, si pudiera saltar sobre ese período de la vida que principia á los diez y seis años y concluye á los veinticinco ó á los treinta, período de las esperanzas ó ilusiones, período en que todo se presenta de color de rosa, pero en tanto que haya jóvenes habra musas; algunos fieles las cultivarán en el secreto de su corazon, como los artesanos del infortunio cultivan en el destierro la amistad de los reyes caidos, y las musas les dejarán morir de hambre á su servicio; buena especulacion es en el dia el culto de las musas!

En Francia, donde todo tiende de un modo directo al positivismo, el poeta no se deshace largo tiempo en odas, madrigales, sonetos y elegías, sino que abandonando prontamente el lirismo, consagra sus tareas al arte dramático que promete á primera vista mejores beneficios. Además, justo será decir que el teatro presenta tambien mayores atractivos; el buen éxito de un drama ó de una comedia proporciona un placer mas inmediato, mas deslumbrador que la voga de un tomo de versos alejandrinos.

El poeta lírico no tiene por confidente mas que á su lector, que con frecuencia cierra el libro al llegar á la composicion mas escogida, y que sabe Dios cuando continuará su lectura, en tanto que el espectador sentado en su luneta, acudió al teatro para ver la funcion, y para verla toda; no tiene que tomarse el trabajo de leer, los actores funcionan en su presencia, y solo se exige de él que no se duerma. Y sin embargo, aun en este caso, por desgracia demasiado frecuente, cuando algunas escenas sin interés le sorprenden en el laborioso esfuerzo de un deseo irresistible de abrir la boca, una frase, una palabra saludadas por los aplausos de todo el teatro bastan para despertarle entusiasmado.

¡Qué gloria la del autor dramático! ¡Qué placer tan inmenso para un autor que ha logrado conmover á todo un público, y que este público le muestra su admiracion con bravos y palmadas y proclama su nombre, y le hace salir á la escena para coronarle! El poeta embriagado con esta hora de triunfo que se le aparece en lontananza, se arroja animoso en la carrera, sin pensar en los infinitos obstáculos de que se halla sembrada. Es verdad que sabrá vencer esos obstáculos; su obra será buena, tendrán que aprobarla, y la aplaudirán cuando se represente.

El poeta novicio irá á llamar á la puerta de un empresario, pero no humildemente, sino con la noble seguridad que le dará

la conciencia de su propio mérito; irá pues, y he aquí lo que debe sucederle, y advertimos que la escena es histórica:

EL POETA.

Señor empresario; traigo aquí un drama que quiero someter á su fallo de Vd.; es mi primera obra.

EL EMPRESARIO.

Puede Vd. explicarse, caballero.

EL POETA.

Una cosa he tenido muy presente en el argumento de mi drama, la moralidad, y creo que bajo este punto de vista he conseguido hacer una obra perfecta.

(El empresario bosteza, el autor continúa diciendo.)

Si, es un drama que podrá ser visto por todo el mundo, pues no pertenece á ese género impúdico que la literatura mercantil ha puesto á la moda.

EL EMPRESARIO, tomando un polvo.

¡Empresa muy laudable es la de Vd.!

EL POETA.

He querido probar que el hombre virtuoso...

EL EMPRESARIO.

¿Cuántos actos tiene el drama?

EL POETA.

Puede pasar trabajando largos años ántes de...

EL EMPRESARIO.

¿Cuántos actos tiene el drama?

EL POETA.

Antes de ver coronados sus esfuerzos, pero que al fin y al cabo llega un dia...

EL EMPRESARIO, con impaciencia.

¿Pero le estoy preguntando á Vd. que cuántos actos tiene?

EL POETA.

Cuatro actos

EL EMPRESARIO.

No me gusta eso; no podemos representar aquí las piezas en cuatro actos.

EL POETA.

Sin embargo, caballero, mi idea está esplanada completamente en cuatro actos.

EL EMPRESARIO.

No digo que no, pero repito que no acostumbro á poner en escena sino los dramas que tienen tres ó cinco actos.

EL POETA.

De modo que será preciso estropear la idea de mi obra para suprimir un acto, ó tendré que hacerla pesada y lánguida añadiendo otro acto con pormenores inútiles de todo punto.

EL EMPRESARIO.

No suprima Vd. nada, al contrario, alargue Vd. cuanto pueda; hágame Vd. cinco actos y diez cuadros, y quizá entónces podremos entendernos.

EL POETA, bajando la escalera.

¡Las piezas teatrales se miden por varas!

Entónces el poeta se dirá que acaso ha equivocado el camino; que no habria debido ir como un indiscreto á llamar á la puerta de un empresario, sin recomendacion de ninguna especie. Pero esta recomendacion, ¿quién podrá dársela? Razonemos un poco: ¿con quién tiene mas relaciones un empresario? Naturalmente con los autores y los periodistas. Los autores suelen estar muy bien con los empresarios, pero como les deben el favor de que admitan sus piezas, deben tener ménos influencia que los periodistas que son sus censores natos. El poeta irá pues á buscar un periodista, le pedirá una carta de recomendacion, y entónces la aprobacion de su drama es cosa hecha.

¡No es mal protector un periodista!

Los jóvenes poetas que vienen de los departamentos á la capital, se imaginan que los periodistas disfrutan de un crédito bastante grande entre los empresarios de teatros para obtener la lectura de una obra, y hasta para conseguir su aprobacion. Poco les falta para creer que el periodista dispone tambien del público, y le hace aplaudir ó silbar á su capricho. Dios sabe cuánto se equivocan al pensar así; pero de todos modos seria absolutamente imposible persuadir á un provinciano que todo el que escribe en un periódico, deje de tener fuerza bastante para obligar á capitular á todo empresario. Hay errores de raíces tan hondas, que es imposible destruirlos.

Hace cosa de un par de meses un autor en ciernes, un joven poeta de quien nadie habia hecho caso en su provincia, llegó á Paris con el fruto de sus largas veladas: tres dramas de las mayores dimensiones.

Lo primero que hizo en la capital fué trabar conocimiento con los redactores de los periódicos de teatros, y cuando la amistad llegó ya á cierto grado, el autor habló de sus obras. Los periodistas le dejaron decir, pero cuando después trató de someterlas á su fallo, los escritores se mostraron muy frios. Por último, el joven poeta, sin andarse en mas rodeos, suplicó á sus amigos los periodistas que tuvieran á bien pasar á su casa una noche para oír la lectura de uno de sus dramas, uno nada mas, á fin de que pudieran apreciar el valor de la obra para que hablaran después á los empresarios con conocimiento de causa. Inútiles fueron todas las evasivas para convencerle de que la influencia de un periodista era enteramente nula; preciso fué fijar un dia.

La primera vez que se reunieron, los periodistas oyeron la exposicion del argumento, fumando en largas pipas y sacando unas lenguas que mostraban una sed abrasadora.

¿Cómo se puede obligar á unos hombres que fuman y que tienen sed á que escuchen atentamente?

El autor hubo de comprenderlo así, y mandó que subieran inmediatamente un bol de ponche. Entónces la conversacion

se animó, y á cada frase de la exposicion del argumento, los bravos mas entusiastas cubrian la voz del poeta.

Al terminarse este preliminar eran las dos de la mañana, y el bol estaba vacío. Habian aplaudido con tanta frecuencia, que las interrupciones se habian llevado un tiempo precioso, y no podia empezarse ya aquella noche la lectura.

— Es muy tarde, vamos á retirarnos, dijeron los amigos.

— ¿Pero hasta cuándo? preguntó el poeta.

— Hasta mañana, respondieron los convidados.

— Sin falta.

— Sin falta ninguna.

A la noche siguiente el autor se paseaba en su cuarto á la hora indicada para la reunion de los periodistas. Un bol de ponche ardia sobre el velador, cuando los jueces entraron en el aposento.

— ¡Qué prevision! exclamaron los amigos.

Y sendos apretones de manos probaron al poeta las buenas disposiciones con que llegaban los periodistas.

El autor se puso en pié junto á la chimenea, y comenzó la lectura del primer acto en estos términos:

EL GIGANTE DE LOS MARES O EL RÉPROBO.

— ¡Bravo! exclamó la asamblea, eso es lo que se llama un buen título.

Y se llenaron las copas de ron ardiendo.

El autor prosiguió su lectura:

Drama marítimo en cinco actos y quince cuadros, y en verso.

— ¡Bravísimo! exclamaron los periodistas; cinco actos y quince cuadros, es buena idea.

— Sin contar, señores, que está escrito en verso, dijo uno de ellos.

— Es verdad, le respondió otro, hoy que la literatura dramática se ha rebajado hasta el punto de hablar, por lo comun, en prosa vulgar, gracias al ejemplo fatal de M. Scribe, es casi heroico el tener valor para escribir en verso.

Y al decir esto, las copas se apuraron de un trago.

PERSONAJES

El Gigante.

Simon Roca de Acero.

Ulrico el Vengativo.

Engaña-la-Muerte.

Francesca-la-Medusa.

Un Monstruo sub-marino, etc., etc.

(La escena pasa en 1581, en la isla de la Tortuga.)

— ¡Qué nombres! ¡qué espectáculo! ¡qué triunfo! gritaron los amigos.

Y de nuevo circularon las copas entre la asamblea.

Al llegar á este punto de la lectura, eran otra vez las dos de la mañana; tan largas habian sido las conversaciones y los aplausos.

A la otra noche se continuó la lectura con el mismo éxito y con igual cantidad de copas de ponche.

En resumen, la lectura duró quince dias, y cada dia desapareció un bol de ponche; total, una onza de oro. El autor podia contar ya con una lectura en el teatro, los periodistas se lo habian prometido, y en efecto, á beneficio de su recomendacion colectiva el drama fué presentado en uno de los teatros de Paris, cuyo director tuvo bastante inteligencia para no recibirle. Pero este primer descalabro no desanimó á la pandilla; el drama pasó á otro teatro, y de este á otro, y así sucesivamente hasta que coronado de afrentas volvió al autor que, desesperado con el mal éxito de su primera tentativa literaria, juró no volver á tomar la pluma, y se marchó el juéves último para su provincia.

Pero que se cuente esta anécdota fidedigna al autor que se dispone á llevar las primicias de su talento á un teatro cualquiera de la capital, y jamás se logrará convencerle de que lo que fué verdad para el otro lo sea para él; no, su drama será representado con aplauso porque contiene rasgos inéditos, efectos de escena desconocidos hasta el dia; se imprimirá su nombre en gruesos caracteres en los carteles, los periódicos consagraran muchas columnas á dar cuenta al público de una obra tan notable, y por último los actores se le quitarán el sombrero, y sobre todo las actrices le colmarán de graciosas sonrisas; los reveses se quedan buenos para el otro.

Y no hay que esperar que la presente juventud se cure de tan pernicioso manía; al contrario, nunca han brotado como hoy tantos poetas en todos los rincones del universo.

MARIANO URRABIETA.

Un reconocimiento en Sebastopol.

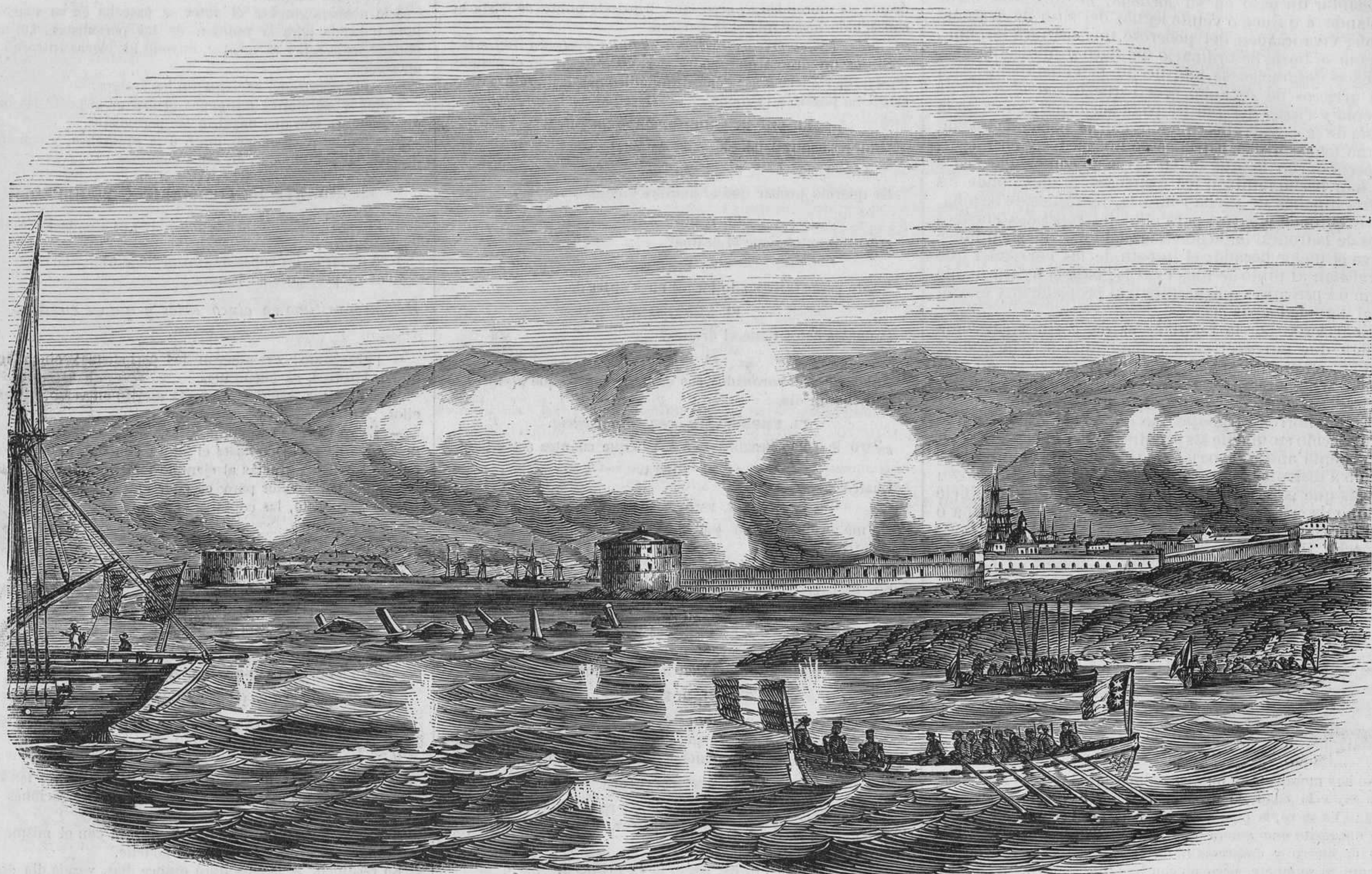
AVANZADAS DEL EJERCITO DELANTE DE SEBASTOPOL,
7 DE OCTUBRE.

Escribo á Vds. bajo una impresion que no olvidaré nunca. Acabamos de sufrir el fuego de las baterías de la fortaleza, á bordo del *Noland*, y ¡cosa inaudita! ni una bala ni una bomba han tocado al buque: todo pasaba sobre nuestras cabezas, por entre las cuerdas. ¡Estallaba á nuestro lado. Hermoso espectáculo sin duda, pero de una emocion un poco viva para un simple espectador; recibir 300 cañonazos, no es una cosa á que se haya podido nunca acostumbrar un artista pacífico; sin embargo, después de haber bajado involuntariamente la cabeza á cada descarga, concluí por considerarme sereno las columnas de agua que las balas hacian saltar en torno nuestro. — He aquí porqué excitabamos la cólera de los rusos. El almirante Bruat que manda

los buques que se hallan en el cabo Quersoneso, quiso practicar un reconocimiento hácia una parte de la mar que le habia parecido muy favorable para establecer una batería. Con este fin, encargó al *Roland* que protegiera su reconocimiento, y con 400 marinos bajó á tierra en una pequeña bahía que precede á la bahía de la Cuarentena, próxima á la ciudad. Cuando conocieron en la fortaleza nuestra intencion de penetrar en esa bahía, nos acogieron á cañonazos, y una vez al abri-

go bajo las rocas, continuaron tirando sobre nosotros, pero bien luego se cansaron y pudimos examinar la ciudad á nuestro gusto, guareciéndonos con los muros y los accidentes del terreno. — Así visitamos algunas casas abandonadas, y en una de ellas que parecia la habitacion de un simple labrador, encontramos una porcion de libros latinos, españoles, italianos, judíos y hasta chinos; pero no habia ninguno en francés, en alemán ni en ruso; la mayor parte de estos libros tra-

taban de materias religiosas y medicinales, de modo, que allí debia vivir tambien un sacerdote y un médico. — Subimos sobre las colinas desde donde veíamos la ciudad, y allí pudimos distinguir una buena hilera de cañones apuntándonos. Sin embargo, la cosa no es tan formidable como el fuerte Constantino, y esta noche se van á principiar los trabajos de sitio á 800 metros de la ciudad. Nuestros soldados embriagados todavía con los triunfos del Alma reclaman por unanimidad una



Reconocimiento practicado por el almirante Bruat, delante de Sebastopol, el 7 de octubre de 1854.

nueva batalla, que no puede tener lugar ahora sino en las calles de la poblacion. Pero para eso se necesita la ayuda del cuerpo de ingenieros, pues no queremos hacer lo mismo que los rusos en Silistria, por lo cual vamos á principiar un sitio en toda regla. La configuracion del país facilita mucho la tarea; inmediatamente

se pueden construir baterías de brecha y las piezas de los navíos se van á transportar á tierra, lo que suministrará una cantidad considerable de material y de artilleros.

El almirante se ha vuelto muy contento de la expedicion y de la maniobra del *Roland*, pues es de adver-

tir que no hemos recibido ni un cañonazo. Envio á Vds. el diseño de lo que he visto, y siento no tener tiempo para mas, pues es preciso que cierre al instante esta carta.

Bien luego me prometo enviar á Vds. dibujos de acontecimientos mas graves si no mas atrevidos.

Fin trágico de sir John Franklin

Y DE SUS COMPAÑEROS.

El mundo entero ha seguido con una ansiedad dolorosa las relaciones que se han publicado desde 1846 sobre las diferentes expediciones salidas en busca de sir John Franklin; el fin de ese drama terrible se halla en la siguiente comunicacion dirigida al Almirantazgo inglés:

Al secretario del Almirantazgo

Repulsebay 29 de julio de 1854.

Me cabe la honra de declarar para la debida inteligencia de los lores del Almirantazgo, que durante mi viaje emprendido sobre el hielo y las nieves esta primavera con objeto de completar el reconocimiento de la orilla occidental de la tierra de Boothia, he visto á los esquimales en Pellibay, y he sabido por uno de ellos que un destacamento de hombres blancos (*kabbonans*) habia perecido de hambre á alguna distancia al Oeste, y no lejos de un rio caudaloso. Despues he tenido otras noticias, y he podido comprar ciertos artículos que demuestran que la suerte de una parte ó quizás de todos los que sobrevivieron de la expedicion de sir John Franklin, fué sin duda alguna tan horrorosa como puede concebirla la imaginacion. He aquí en sustancia los informes que he obtenido por distintos conductos:

En la primavera de 1850 unos esquimales que iban en busca de terneras marinas vieron un destacamento de hombres blancos, como de unos cuarenta, que viajaban al Sur sobre la nieve, arrastrando una barca, cerca del rio de King-Williams-Land, que forma una isla muy grande. Ninguno de los del destacamento habla la lengua de los esquimales de un modo inteligible, pero, hicieron comprender por señas á estos últimos,

que sus buques habian quedado estropeados entre los hielos, y que andaban buscando gamos y caza. Todos los hombres ménos un oficial estaban muy delgados. Se supone que carecian de víveres. Compraron una ternera marina á los indígenas. Algun tiempo despues, pero antes de deshacerse las nieves, se encontraron sobre el continente los cuerpos de treinta individuos, y cinco mas en una isla vecina, á una jornada al Noroeste de un ancho rio, que sin duda debe ser Back's great Fishriver (llamado por los esquimales Oot-ko-hica-lik); su descripcion y la de la orilla inferior en las cercanías de Punto-Aguila y de la isla de Montreal concuerdan perfectamente con la descripcion de sir Jorge Back. Algunos otros cuerpos se habian debido enterrar ya (probablemente los de las primeras víctimas del hambre) Unos estaban bajo las tiendas, y otros bajo la barca que habian vuelto al revés para formar un abrigo; muchos estaban esparcidos en distintas direcciones.

Entre los que se hallaron en la isla, habia uno que se supone seria un oficial. Llevaba su telescopio á la espalda, y su escopeta de dos tiros estaba á su lado. Segun el estado de mutilacion de la mayor parte de los cuerpos, y por los restos que se veian en las calderas, es evidente que nuestros desgraciados compatriotas se habian visto reducidos al último extremo, al canibalismo, para prolongar su existencia.

Se conocia que habian tenido una grande abundancia de municiones; los indígenas habian hecho montones de pólvora en el suelo, y bajo el nivel del agua se han encontrado muchas balas que probablemente se habian quedado sobre la nieve. Tambien hubieron de encontrar muchos cofres, compases, telescopios y escopetas de dos tiros, pero todos estos objetos debieron ser hechos pedazos por los esquimales, pues yo solo he visto fragmentos de ellos en su posesion, con tenedores y cucharas de plata. He rescatado cuanto he podido,

y adjunta va la lista de los artículos mas importantes, mientras entrego los objetos mismos al secretario de la honorable compañía de la bahía de Hendson, lo que haré en cuanto llegue á Londres. Ninguno de los esquimales con quienes he hablado habia visto á los blancos, y ni aun siquiera habian estado en los sitios donde se habian encontrado sus cuerpos; las noticias que me dieron procedian de los que habian estado sobre los lugares y habian visto viajando al destacamento.

Grande es la libertad que me tomo al escribiros; pero lo hago porque me figuro, que todos los pormenores sobre este asunto, por incompletos que puedan ser, no dejarán de pareceros interesantes.

Añadiré que gracias á nuestras escopetas y á nuestras redes, hemos podido hacernos con provisiones el invierno último; mi corto destacamento pasó el invierno bastante bien en casas de nieve; las pieles de los gamos que matamos nos han servido de abrigo.

Mi viaje de la primavera no salió bien, por una serie de obstáculos que mi precedente experiencia de las regiones del Artico, no me habia hecho prever.

Recibid, etc.

Firmado: JOHN RAE

Comandante de la expedicion del *Artico*
de la compañía de la bahía de Hudson.

Acompaña á este parte un extracto del diario de su autor donde se hallan descritos los diferentes objetos comprados á los esquimales, y que, segun dicen, se encontraron en el sitio donde estaban los cuerpos de los individuos que se habian muerto de hambre. Estos objetos tienen las marcas de varias de las personas que iban con sir John Franklin, de modo que nadie puede poner ya en duda el trágico fin de aquellos desgraciados.

Nuevo sistema de puente para el paso de los rios por la tropa.

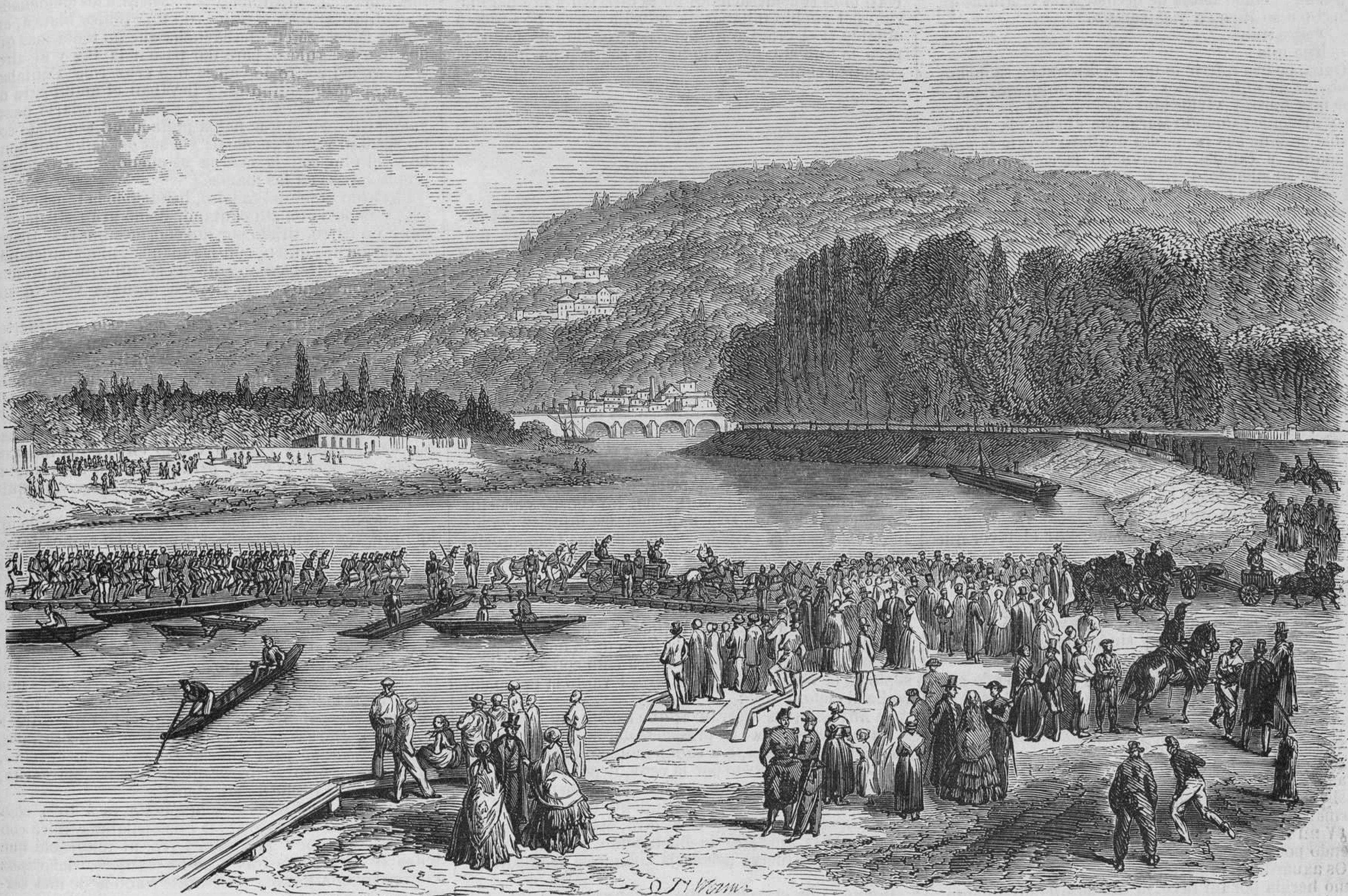
Entre los muchos procedimientos militares que han salido á luz con motivo de la guerra de Oriente, vamos á señalar el invento de M. Jauvier que es una creacion de una utilidad incontestable.

Para obviar los inconvenientes y dificultades que ocasiona en campaña el transporte del enorme material de las *tripulaciones de puentes*, un jóven arquitecto de Paris, M. Jauvier, ha tenido la feliz ocurrencia de operar en esto una transformacion casi radical, mediante los recursos que ofrece la sustancia elástica del caut-

chu. M. Jauvier ha imaginado pues, el reemplazar las pesadas barcas de madera que se usan actualmente para cuyo transporte se necesitan carros especiales, por un sistema de lanchas mas pequeñas y ligeras, que consisten en un marco de madera con compartimientos, al que se adapta un doble tejido de lienzo impregnado de una disolucion de caucho que se despliega y se recoge fácilmente, y cuyo volumen reducido, permite que en cada carro vayan muchas lanchas para aquel uso.

Este sistema de puente, probado desde hace algun tiempo todas las semanas sobre el Sena en San Cloud, ha sido estudiado en todas las condiciones ordinarias por el cuerpo de pontoneros, y el sábado último en presencia del Emperador, fué sometido á la prueba comparativa y decisiva del paso sucesivo de varios cuerpos de tropas de todas armas; infantería, caballería y artillería á paso regular, á paso redoblado y aun á paso gimnastico en columna.

Despues de esta indicacion sumaria del sistema de



Nuevo sistema de puente de caucho para el paso de los ejércitos.

puente de M. Jauvier, recurriremos á la descripción técnica que nos ha suministrado M. A. Pirain, capitán de artillería, que ha presenciado todas las pruebas que se han hecho.

El material del puente de M. Jauvier se componia de 100 lanchas ó botecillos de 4 metros, 30 de largo, 1 metro 50 de ancho y 0,60 c de altura; la parte superior de las lanchas lleva tablas bien sólidas para formar el tablero del puente.

Colocadas borde con borde, las lanchas formaban entonces 150 metros de puente, unido á cada extremidad

con la orilla, (el ancho del rio era de 162 metros) por unos barros ordinarios sostenidos por una barca formando estribo. Cada lancha estaba adherida á la siguiente por dos ganchos de hierro, y todas ellas estaban reunidas por medio de fuertes tirantes que daban mucha tension en todos sentidos.

Establecido de este modo, el puente parecia de una sola pieza.

Los bordajes de las lanchas de lienzo impermeable clavado á las tablas que forman la parte superior y el fondo, pueden tenderse, por medio de dos tablas corre-

deras fijadas en el fondo, con bastante fuerza para encorvar las vigas del tablero. — Cuando esas tablas correderas están bajas, la lancha se aplasta plegándose como el cuero de un fuelle de fragua, y se reduce á 15 c. de grueso, en cuyo costado se pueden cargar sobre un mismo carro cinco ó seis de esas lanchas cuyo peso se reduce á 180 kilogramos.

Este sistema sencillo y bien entendido ha parecido llenar las condiciones de ligereza y movilidad que se buscan principalmente en el establecimiento de los puentes de campaña.

MARGARITA PUSTERLA.

XXI.

SENTENCIA.

En el entretanto se estaban haciendo los preparativos necesarios para celebrar el juicio. El proceso intentado secretamente ante el tribunal de justicia, una vez terminado, su fallo debia de ser como fué antes, sometido á la asamblea general que representaba ó se suponía que representaba á todo el pueblo milanés.

La campana del *Broletto nuovo*, que invitaba á los jefes de familia á reunirse para oír la lectura del proceso y dar su parecer, resonó lúgubramente en el con-tristado corazón de Buonvicino, como un terrible preludio de muerte, como el estertor de una agonía.

El buen padre abandonó su celda, y acudió á la iglesia á hacer oracion. Con pasos mesurados, que revelaban la honda meditacion en que iba sumergido, se dirigió hácia el mismo sepulcro, cerca del que se habia arrodillado en aquel memorable viernes santo en que Dios habia hablado á su corazón, y en que, inspirándole un piadoso arrepentimiento, lo habia llamado á

una vida nueva. ¡Cuántos acontecimientos habian tenido lugar desde aquel día! Margarita era todavía el objeto principal de sus pensamientos, pero ¡ay! ¡en qué horrible situacion se encontraba en aquellos instantes!

En tanto que rogaba por los oprimidos y por los opresores juntamente, absorto horas hacia en sus meditaciones y oracion, sintió que le tocaban ligeramente el hombro. Levantó la cabeza y vió á un pajecillo, elegantemente vestido, que se habia parado en actitud respetuosa junto á él. Una vibora enorme, bordada en su justillo reveló claramente á Buonvicino que aquel pajecillo pertenecia á la casa de los Visconti. Con el corazón palpitante de temor y de esperanza se dirigió hácia él, y con una mirada que expresaba toda la ansiedad de su alma le dijo:

— ¿Me buscáis?

— Sí, respondió el pajecillo.

— ¿Cuáles son las órdenes del señor vicario? dijo el fraile.

— El pajecillo inclinándose:

— El señor vicario presenta sus respetos á vuestra reverencia. Ha enviado sumas considerables á vuestro convento para que se celebren misas, y se recomienda particularmente á vuestras oraciones. Además, me

manda decir á vuestra reverencia que los que han sido juzgados esta mañana....

— ¿Han sido juzgados? interrumpió Buonvicino palideciendo.

— Sí, padre.

— ¿Y la sentencia?

— Han sido condenados á muerte, respondió el pajecillo con indiferencia.

— ¿Todos?

— Todos....

— El buen padre hizo una exclamacion.

— Y el príncipe, como muestra de su particular afecto, concede á vuestra reverencia el favor de asistirlos en su última hora.

¿Era esto piedad verdadera? ¿era una injuria refinada de Luchino? El monje no pensó en adivinarlo, pero en un instante comprendió lo terrible que iba á ser para él el cumplimiento del nuevo deber que necesitaba llenar. Levantó los ojos al cielo y exclamó:

— ¡Cúmplase el sacrificio!

Y volviéndose hácia el enviado de Luchino:

— Dad las gracias al señor vicario por lo que recibo de él como una gracia del cielo como la última y la mas terrible prueba....

Al día siguiente, cuando dieron las doce, Margarita oyó abrir la puerta de su calabozo. Pero esta vez no la abría un brutal carcelero: Margarita no vio como de costumbre una mirada insolente, injuriosa, casi amenazadora, ó todo lo más indiferente. No, ella vió... ¡oh! ella vió á un amigo, reconoció á Buonvicino.

— ¡Padre mio!

— ¡Hija mia!

— ¡Padre mio! ¡qué consuelo es este para mí!

— Buonvicino suspiró.

— No me hubiera atrevido á pedirselo al Señor. El cielo no me ha olvidado, y en medio de este purgatorio, me envía uno de sus ángeles para alentarme.

— Dios, hija mia, no olvida nada sobre la tierra, ni aun al imperceptible gusanillo que pisamos con nuestra planta; ¿cómo había de olvidar á las criaturas que ha hecho á su imágen y semejanza?

— ¡Padre mio!

— ¡Hija mia!

¿Quién podría referir lo que se dijeron en semejante circunstancia aquellos dos corazones animados por el amor mas puro, y vivificados por la piedad mas fervorosa y ardiente? Cuando Margarita abrumada bajo el terrible peso de sus recuerdos ocultaba la cabeza entre sus manos y callaba, Buonvicino la contemplaba y respetaba su silencio. Pero si por el contrario, necesitaba ella exhalar en vivos acentos un dolor tanto tiempo comprimido, él la escuchaba y le abría su pecho para que depositara en él sus penas.

Hablaban de todo lo que habían amado, de todo lo que amaban todavía, y que el cadalso iba pronto á arrebatárselos. Las recompensas que un Dios consolador les prometía para la otra vida, apareciéndoles lejos de este mundo, endulzaban sus horribles tormentos. Pero cuando el fraile se vió obligado á dejar á Margarita sola, el terrible espectáculo de la muerte le horrorizó; abatida por el dolor cayó en el suelo, y vertió lágrimas amargas por la vida que iba á perder en flor.

Muchos fueron los días consecutivos en que Buonvicino fué á la celda de Margarita á prodigarle esos consuelos tan preciosos que son el tesoro de los corazones generosos. Un día, despues de haber saludado á su penitente con voz apagada y muy diferente de la voz de un hombre que anuncia un favor:

Señora, le dijo, quieren que os haga saber que la costumbre os concede el derecho de pedir el favor que mas os agrade.

La mirada lánguida de Margarita brilló con alegre esperanza; su pálida fisonomía se animó con un color gracioso, semejante al que sueña el montañés desterrado, cuando piensa en un ocase de primavera sobre las cimas nevadas de la patria; y sin vacilar exclamó:

— ¡Qué me dejen ver á mi marido!

El fraile había previsto el deseo, y reprimiendo con esfuerzo sus lágrimas, respondió:

— Solo el Todopoderoso puede satisfacer ese voto.

— ¡Ha muerto!

El fraile calló.

— ¿Ha muerto? preguntó otra vez retrocediendo aterrada.

El silencio del fraile, sus suspiros, su cabeza baja le confirmaron la terrible nueva.

— ¿Y mi hijo? repuso ella con una angustia que iba creciendo por grados.

— Os aguarda en el paraíso.

Como herida por un rayo, se quedó sin movimiento. No lloró ni habló. Tales dolores no encuentran lágrimas ni sollozos, ni palabras. Luego, cuando volvió en sí, exclamó:

— ¿Quere decir que se han-rotos todos los lazos que me ligaban á la tierra?

El fraile levantó los ojos al cielo con expresion indefinible de dolor.

Ella añadió:

Preparémonos á seguir á todos aquellos á quienes anaba. Cayó de rodillas delante de un escabel. Repitió las oraciones de los que van á morir juntamente con el fraile. Ella escuchó con la resignacion de la desesperacion las últimas palabras de afecto que le dirigia su Francesco. Oyó con cuanto valor había ido al suplicio, una hora hacia, en paz consigo mismo y con los hombres, llevando de la mano á su hijo á quien habiendo esperado guiar por el camino de la gloria, había ayudado á subir la escalera del cadalso.

Los pensamientos de Margarita no se fijaban en la tierra. Para ella, el cielo era no solo el puerto, sino el único lugar donde tenia confianza de verse reunida con los objetos de su amor. La confesion borró las manchas que pudieron empañar su pureza, y con la seguridad del que ha vivido bien, se dispuso á presentarse al tribunal de un Dios, cuya justicia difiere tanto de la de los hombres.

Entretanto Milan se entregaba á sus faenas y placeres. La peste que se temía, la guerra que había amenazado, la mala cosecha y los negocios domésticos daban pábulo á las conversaciones. Algunos hablaban de la ejecucion que había tenido lugar aquella mañana; otros hablaban de la que tendría lugar al día siguiente, sin que perturbara esto los intereses generales. Los jueces se sentían descargados de un peso enorme, habiendo terminado asunto tan importante y embrollado. Si preguntaba alguno si la sentencia había sido justa, contestaban que había sido legal.

Luchino abandonó aquella mañana á Milan, para ir á pasar algunos días á Belgiojoso, villa tan favorable para cazar en aquella estación. Llevaba en su compañía á madama Isabel, que sabía muy bien consolarse de la ausencia del bello Galeas. El arzobispo Giovanni cabal-

gaba á su lado, y por el cuidado con que había peinado sus cabellos, por la manera con que llevaba su sotana encarnada, forrada de martas, se veía que deseaba sobresalir por su belleza entre todos los prelados. Detrás venían muchos cortesanos, sirvientes, cazadores y palafreneros. El vulgo acudía á admirar los hermosos caballos, las magníficas trahillas de sabuesos de Tartaria, los halcones de Noruega; elogiaba el lujo del arzobispo, el disimulo de la señora Isabel, y la destreza de Luchino en tirar el arco, y herir un ciervo ó un jabalí.

¿Ese pueblo que había dado á Luchino derecho para condenar á muerte, no se lo había dado para perdonar? Una palabra suya podía salvarlos, aun cuando fueran culpables. Ahora bien, ¿no es comparable al asesino aquel que, pudiendo evitar el homicidio, no lo impide? Pero tales consideraciones no se ofrecían á la imaginacion del pueblo milanés de aquella época. Se hubiera afligido si el granizo hubiera destrozado sus campos, pero le hubiera parecido locura sentir una injusticia cometida contra otros.

XXII.

LA CATÁSTROFE

La víspera del día fatal, sacaron á Margarita del calabozo, que había habitado por espacio de tantos meses, y la llevaron á un cuarto ménos húmedo, ménos sombrío y mas ventilado, que servía de capilla. Una ventana con reja de hierro daba al campo; un colchon, una mesita, un reclinatorio y dos sillas componían todos los muebles: un altar movible con dos candeleros de madera traía á la memoria aquellos lugares en que los primeros cristianos perseguidos inmolaban la hostia inmaculada dentro de las catacumbas.

Allí pasó Margarita la noche, su última noche, meditando y orando; ella pensaba en las personas que había amado, y se consolaba figurándose que los iba á ver muy pronto en el paraíso celestial; recordaba sus tiempos pasados, no las pompas y magnificencias de su palacio, no su belleza tan alabada, ni sus riquezas, sino las lágrimas que había enjugado, los consejos oportunos que había dado, su compasion, las injurias perdonadas, los pesares evitados; sabía ella que todo aquello era un tesoro reservado de que iba á gozar muy pronto.

Buonvicino entró.

— ¡Padre mio! dijo Margarita volviéndose al oír sus pasos, ¿hay alguna esperanza?

De tal manera ese bálsamo que la naturaleza prepara para los desgraciados como la leche de la nodriza para el débil niño, no se pierde nunca sino con el último soplo de la vida. El fraile suspiró, levantó la mano derecha al cielo, y dijo:

— Allí están las esperanzas que nunca son falaces.

Buonvicino celebró en presencia de Margarita el santo sacrificio de la misa, esa conmemoracion cotidiana de la inmolacion del justo por la verdad, por la redencion de los hombres, con quienes había compartido el pan y las miserias. Y como el sentimiento de su desgracia no la impidiese ver el dolor de otro, Margarita observó las angustias mortales de Buonvicino, y pidió á Dios que le diera la fuerza necesaria cuando la acompañara al suplicio.

Despues que el padre le dió la comunión, la infortunada se tranquilizó y conversó con él acerca de lo deleznable de esta vida, y de su reunion próxima con los objetos de su amor. En seguida se arrodilló á los pies del fraile para recibir su bendicion. Cuando él hubo pedido al cielo todas las gracias que puede conceder al alma que va á dejar la tierra, pensando que á las puertas de la muerte, la virtud confiere cierto sacerdocio, se puso de rodillas y pidió á Margarita la bendicion de la inocencia y del dolor. Ella extendió sus blancas manos sobre la cabeza inclinada del buen padre, y pidió al Señor que pagara la deuda que había contraído con él y que no podía pagarle.

Entretanto se había reunido mucha gente en la plaza de los Mercaderes. Señores, plebeyos, mujeres, niños, ancianos miraban con atencion á los criados del verdugo que aseguraban la escalera y que acababan de poner el terrible cadalso. El mismo verdugo estaba en pié junto á un tajo, con el hacha en la mano, casi desnudo, cubierto solamente con unos calzones de piel muy ajustados. Se chancaba groseramente con sus ayudantes, mientras que las madres, mostrando á sus hijos aquel aparato, les decían:

— ¿Ves á aquel hombre allí arriba con la barba larga, tan negra como el azabache, y su rostro encendido como la grana? aquel se come á los niños malos, aquel es Satanás, y si lloras te se llevará.

El niño asustado echaba los brazos al rededor del cuello de su madre y ocultaba el rostro en su seno.

Mientras llegaba la nueva victima, hablaban los milaneses del suplicio que habían presenciado la víspera. Ponderaban el valor del señor Pusterla y sobre todo hablaban del pobre niño á quien habían hecho pagar el odio que tenían á su padre. Referían sus gritos, sus sollozos, sus lágrimas, cómo llamaba á sus padres, y cuanto trabajo había costado ponerlo bajo el tajo fatal á pesar de su debilidad. Pero fray Buonvicino, que lo acompañaba, le dijo que su padre iría con él al paraíso.

El niño lo miró entonces con rostro de consuelo y le dijo:

— ¿Y mi madre?

— Tu madre va tambien á juntarse con vosotros muy pronto.

— ¿Es decir, que si yo me quedara aquí viviría sin ellos?

— Sí, hijo mio.

Al oírlo, el niño se puso de rodillas, y levantó al cielo dos manecitas blancas como la nieve, mientras que el verdugo le cortaba el pelo.

En este intervalo vinieron los principales magistrados, el podestá, su teniente y el capitán Lucio. Ya hemos dicho que en aquella época la justicia era atroz pero no hipócrita; los jueces iban á admirar desde su palco, cubierto de negro, y con banquetas de terciopelo, los frutos de su trabajo.

Pronto se agitó la multitud. « ¡Aquí está! ¡aquí está! » gritaron por todas partes. Aparecieron en dos filas los hermanos de la cofradía de la *Consolacion*, instituidos principalmente para asistir á los condenados y sepultarlos. Iban vestidos con una túnica blanca, envuelta la cabeza en una capucha que no tenía mas que dos ó tres agujeros para dar paso á la luz y al aire; el lugar del rostro lo cubría una cruz roja. Cantaban la misa de los difuntos, y llevaban el ataud para un sér lleno de vida. A su cabeza iba un estandarte negro y amarillo, en el que había pintado un esqueleto con un arenero y una guadaña; y á sus dos lados dos hombres, el uno con la cuerda al cuello, el otro con su propia cabeza en las manos.

Llegaron al pié del cadalso, hendiendo la muchedumbre, y depusieron allí el ataud. Reinó gran silencio, y sobre un carro, tirado por dos enormes bueyes, apareció Margarita, quien, con las manos unidas sujetando su rosario, miraba fijamente al crucifijo que le presentaba Buonvicino, y lo llevaba algunas veces á sus labios.

Detrás del carro, atado codo con codo, tan fuertemente que la cuerda le entraba en las carnes, los cabellos desordenados, su cabeza envuelta con un trapo blanco, cercado de soldados, con su traje hecho girones y el rostro desesperado, Alpinolo iba á pié y cojeando detrás del fúnebre cortejo. Las heridas que había recibido por la noche no habían sido mortales; solo se había desmayado, y cuando volvió en sí, los médicos trabajaron por una parte, para restituírle la salud, en tanto que por la otra se esforzaban los jueces por quitarle la vida.

En efecto, fué juzgado pero como no se trataba de un hombre, sino de un soldado, fué puesto en manos de sus jefes, que iban á examinar su causa de un modo muy sumario. No se logró hacerlo hablar, á pesar de haber empleado los mas refinados tormentos. No se contentaron con dislocarle los brazos, le aplicaron fuego á las plantas de los piés, hasta que se despellejaron; le metieron clavos entre las uñas, sobre el pecho le pusieron un peso enorme; todo lo sufrió sin una contorsion, sin dar un grito, sin proferir una sílaba. Únicamente una vez, trasportado por los sufrimientos se le oyeron pronunciar estas palabras: « ¡Pobre mujer! ¡Y mi padre! »

Al pasar Margarita por entre las filas de los cofrades de la *Consolacion* para subir al cadalso, uno de ellos, con voz baja, pero terrible acento, le dijo: « ¡Margarita, acordaos de la noche de san Juan! »

Margarita, que parecía sobrepujada ya á toda cosa terrestre, se estremeció al oír estas palabras, miró con noble indignacion y profundo terror al miserable que había hablado, y á través de los agujeros del capuz vió brillar una mirada penetrante como la de una serpiente.

Infaliblemente hubiera caído en tierra, si Buonvicino no le hubiera dado la mano. La cogió con aquel vigor que inspira el temor en los momentos en que, á punto de ser desgarrados por el odio, sentimos la necesidad de apoyarnos en la amistad. Y el umiliato, poniéndole á la vista el crucifijo, le decía: « Murió perdonando á sus enemigos. » Margarita clavó los ojos en la santa imágen, pareció fortalecida, y brillando con el presentimiento de la inmortalidad se acercó al tajo fatal. Un momento despues, se apoderó de ella el verdugo, la agarró por su negra cabellera, y presentó al pueblo una cabeza cortada y chorreando sangre.

Un estremecimiento universal rompió el silencio. Oyéronse gritos, exclamaciones, sollozos y la oracion por los difuntos. Los que estaban mas inmediatos al patíbulo dijeron á los que no habían podido ver nada: « ¡Ha muerto! » Entonces, con el ansia de una trahilla sedienta que acude á una fuente, se vieron algunos subir al cadalso, recoger en una taza la sangre que manaba del tronco de la victima y beberla humeante. Los que hicieron esto eran pobres desgraciados que padecían de epilepsia; ellos creían que se iban á curar la mas horrible de las enfermedades con este espantoso remedio.

Cuando Margarita tendió el cuello al hacha, Buonvicino se arrodilló junto á ella, y mientras pudo oírlo le dirigió palabras de consuelo. Luego se le vió apretar el crucifijo sobre su pecho, y al blandir el hacha para cortar aquella hermosa cabeza, cayó con la frente en tierra, como herido por el mismo golpe. Fueron á levantarlo, y lo hallaron muerto.

Entretanto, pasaba otra escena que devoraba la insaciable afección del populacho de aquellos tiempos. La muchedumbre no se iba porque el drama no estaba concluido. Mientras que el verdugo barria el tajo manchado de sangre, Ramengo examinaba las últimas vibraciones del cuerpo mutilado que encerraban en el ataud y exclamaba: « Ahora, ya estoy contento. » Alpinolo se presenta de repente ante su vista, y su presencia despierta en él un presentimiento confuso. El paje se quita un anillo del dedo, lo besa muchas veces, lo entrega al criado del verdugo y le dice: « Toma este

diamante; cuando muera, entiérrame al lado de esa santa.»

Este anillo recuerda á Ramengo el de Rosalía, se precipita sobre el criado, se lo arranca de las manos y exclama: «¡Dámelo! ¡dámelo!» En seguida se abalanza hácia Alpinolo y le dice: «¡Alpinolo! te reconozco.» Lo coge por el brazo y lo estrecha contra su corazón. Cuando el verdugo, vuelto en sí de la sorpresa que le causó esta escena, quiere separar al importuno que le impide llevar á cabo su terrible misión, Ramengo lo repele con fuerza, y levantando la voz: «No, exclama, dirigiéndose á los espectadores, no debe morir. No es lo que se cree, no es un soldado mercenario... está disfrazado; es el valiente escudero Alpinolo, el mismo que salvó á nuestro señor en Parabiago. No, esto no puede ser; no debe morir como un asesino.»

— ¿Qué necedades ensartais? sea lo que quiera, mi oficio es matarlo. ¿Creéis que no sabría yo hacer saltar la cabeza de un escudero como la de otro cualquiera? Haber dicho eso al señor vicario.

— Sí, replicaba Ramengo con ansiedad, el señor vicario lo sabe; no lo ha condenado, es un puro error. Me ha concedido su perdón. Aguardad un momento por caridad, suspended. El no debe morir. ¿Quién manda en Milan, el príncipe ó el verdugo?

Los soldados se acercaban á secundar al verdugo, cansados de presenciar aquel conflicto, pero él les decía: «¡Señores soldados! ¡señor capitán! ¡vosotros sois generosos, queréis ayudarme, ó convertiros en verdugos! ¡qué vergüenza! Yo puedo haceros bien; tengo dinero, mucho dinero, os daré; os daré cuanto queráis; pero por Dios, ayudadme á libertarlo. ¡Él... es mi hijo!»

El condenado permaneció estupefacto hasta aquel momento en presencia de aquella piedad inesperada, y dejó al desconocido pedir su perdón con esa indiferencia que se siente cerca ya del sepulcro. Pero su alma se despertó al oír la palabra de hijo. «¡Cómo! exclamó, ¡hijo vuestro! ¡vos mi padre!» Y su corazón se ablandó, y su aborrecimiento de la vida y su deseo de la muerte se borraron por un instante. Por la vez primera se puso á pensar en su juventud, en la felicidad que podía aun alcanzar, y quiso vivir, y quiso saber lo que era un amor de padre. «¡Padre mío! ¡salvadme! ¡sí, soy Alpinolo, soy vuestro hijo, salvadme!» Estas palabras redoblaban la rabia y el vigor del desgraciado padre que formaba un parapeto en defensa de su hijo con su propio cuerpo. Por fin, Sfolcada Melik, aburrido de aquella escena, dijo á sus soldados: «¡Adelante! ¡no se dirá que el curso de la justicia ha sido interrumpido por un gañan!»

— ¡Un gañan! gritó Ramengo contestando al condestable; ¿qué hablas tú de gañan, mercenario alemán? ¡y levantando la capucha y enseñando el rostro; ¡Yo soy Ramengo de Casale; aprende á respetarme!»

En el trastorno de este incidente, y bajo la máscara que lo encubría, Alpinolo no reconoció la voz de su protector. Pero apenas oyó aquel odioso nombre, apenas vió sus execrables facciones, apenas supo quien era su padre, arrojó la maza con que se dispuso á defenderse, corrió al tajo, y el hacha del verdugo lo libró de la desgracia de ser hijo de un traidor.

Poco despues, el hermano de la *Consolacion* abrazaba un cadáver, y continuaba dando gritos, gemidos é imprecaciones. ¿Pero quién podía compadecerlo? era un espía.

Las madres, las buenas madres lombardas, al referir este suceso á sus hijos, les hacían rogar por los ajusticiados y les repetían: «¡Preferid el ser Margarita en el cadalso á Luchino en el trono!»

En la corte, el bufon hizo reír mucho á los señores, imitando los gestos de Ramengo disputando su hijo al verdugo. Luchino rió mas que los otros, pero un historiador añade que no durmió aquella noche. ¿Quién puede haberse dicho al historiador?

En la ciudad como en la corte, cayó todo muy luego en olvido. En efecto, ¿qué cosa tan memorable había acontecido? Algunos inocentes, declarados culpables, habían sido sentenciados y ejecutados; ¿no sucede eso todos los días? Yo mismo conozco que he hecho mal en referir sufrimientos tan comunes, y en creer que podrían interesar al lector. Pero lo he dicho y lo repito, no he escrito mas que para los que sufren verdaderamente, ó para los que han sufrido.

CONCLUSION.

Pocas palabras bastarán para contar lo que ocurrió á los demás personajes que han figurado en esta narración al lado de Margarita.

El bufon tuvo una muerte ménos alegre que su vida, aunque se pueda decir en cierto modo que fué también una chanza. He aquí como tuvo lugar:

Luchino tenía una intriga amorosa con una beldad campesina en su deliciosa villa de Belgiojoso. Bien porque quisiera ocultarla, ó porque quisiera dar á estos amores el encanto del misterio, no veía á su bella sino entre las sombras de la noche; aguardábala entonces bajo los árboles de su villa y la llevaba al pabellon en que lo halló Alpinolo un día dormido, y en donde lo hubiera matado, si no hubieran detenido su brazo ciertos escrúpulos.

Aunque valiente en la guerra, Luchino temía al diablo, á los aparecidos y al último soldado del ejército de los espíritus. El bufon conocía esta disposición de su noble amo, y habiendo descubierto sus relaciones con la campesina, resolvió turbar sus amorosas entrevis-

tas. Penetrando, pues, un día á la hora concertada en el pabellon citado, vieron dibujarse sobre la pared, á favor de una lívida luz, formas extrañas, medio hombres, medio animales, con colas interminables, cuernos amenazadores, y todo el aparato de un demonio. En torno suyo se oía ruido de cadenas y silbidos. La joven aterrada cogió el brazo de su amante, quien mas asustado que ella, salió pidiendo socorro.

Las carcajadas de Grillincervello le dieron á conocer qué clase de diablo tenía frente á frente; y desde aquel momento el bufon quedaba curado para siempre, si no le hubiera librado la agilidad de sus piernas de la *miser cordia* de su amo.

Pero vuelto en sí de su enojo, resolvió este pagar al bufon miedo con miedo. Puesto pues de acuerdo con sus cortesanos, un día que Grillincervello, vestido con un traje de la señora Isabel, les hacia reír con sus gestos, hizo venir al verdugo y con la mayor seriedad le mandó colgar al bufon de un árbol para distraer con tal espectáculo á su corte. No debía sujetarse la cuerda á la rama, de suerte que solo se hubiera verificado un simulacro del suplicio dejando caer al bufon apenas lo hubiera colgado. En efecto cayó, pero quedó sin movimiento; el miedo lo había ahogado.

Para ver con mayor comodidad á uno ó mas amantes, la señora Isabel fingió un voto á san Márcos de Venecia. Durante su viaje, cometió tales desórdenes que su noticia llegó á oídos de Luchino, quien por la primera vez de su vida, tuvo á bien incomodarse, y cometió la imprudencia de dar á entender que se vengaría crudamente.

La señora Isabel, de vuelta de su peregrinación, sirvió de beber á su marido, un día en que volvía muy sofocado de la caza. Pocas horas despues murió con horribles convulsiones, llorando, dicen las gacetas de aquel tiempo, por su inconsolable mujer y por sus súbditos, que vertieron mares de lágrimas. Lucio, el capitán de justicia, murió viejo y honrado, despues de haber gozado en paz de la enorme fortuna de los Pusterla, que trasmitió á sus herederos.

En un oratorio entre Bevisio y Mombello, se ve aun un gran sepulcro de granito con un epitafio que alaba la vida y lora la muerte de aquel cuyos despojos mortales encierra dentro de su seno.

Allí fué sepultado Lucio; y allí aguarda el juicio de Dios.

FIN.

Gibraltar.

(Extracto de las notas de un viajero.)

No es fácil sacar dibujos de Gibraltar, y sin embargo pocas fortalezas pueden reirse con mas seguridad, no diré del inocente lápiz de un artista, sino de todas las brújulas y compases de todos los ingenieros del mundo. De todos modos, como el acaso y mi buena estrella me permitieron hacer dos ó tres croquis de ese curioso peñon, los doy á la publicidad con las siguientes líneas, pensando que podrán interesar á los lectores.

Despues de una travesía de diez horas llegué á Gibraltar procedente de Cádiz. La inmensa roca se destacaba sombría sobre el Oriente apenas alumbrado con los primeros rayos de la aurora, cuando recibimos á bordo la visita de la sanidad; estabamos sanos, y en toda regla, de modo que pudimos desembarcar al cabo de un cuarto de hora.

La roca de Gibraltar tiene la forma general de un prisma triangular extendido sobre el mar del Norte al Sur; su altura perpendicular es de 449 metros, su largo de unos 4,000, y su ancho es de 1,000 por término medio.

Por el lado del Levante, casi en toda su longitud, puede decirse que la piedra está cortada á pico, y cuando desde lo alto de las crestas y tendido sobre una roca para precaverme contra el vértigo, alargué la cabeza sobre el vacío y ví debajo los fragmentos agudos y la mar profunda que los baña, mi pecho se oprimió, y la roca se estampó en mis manos crispadas y mojadas con un sudor frio.

Por el Poniente la roca forma cuevas desiguales practicables solo por caminos largos y tortuosos. Una mitad de la vertiente Oeste se halla pelada é inculta; la otra, ménos desigual, está casi cubierta de árboles y plantas tropicales. Dicen que en esta última mitad, ménos frecuentada que la otra, se crian monos, pero yo no he visto ni señales de ellos en los nueve días que allí he permanecido. Cerca de la cúspide de esta parte se encuentra la cueva de Douglas, que es una gruta muy grande practicada en la roca, en cuyo fondo se ve como un camastro; desde la pequeña plataforma que se halla delante de esta cueva, se disfruta de una vista asombrosa. Por ese mismo lado se encuentra otra, pero natural; es espaciosa, sombría y profunda, y al considerar las columnas de estaláctitas verdes, amarillas, rojas y blancas que la adornan, parece que se están viendo los restos de un órgano colosal de alguna catedral gótica subterránea y ruinoso. Adjunta va una vista de esta gruta.

Por su extremidad Norte, el peñon toca á una lengua de arena menuda de una legua de largo sobre media de ancho, apenas elevada de 3 metros sobre el nivel de la mar y que le une con la tierra firme. Se destaca tan bruscamente y tan derecho del punto que le une con

esa lengua de arena, que se diría no pertenece al continente europeo, con el que no tiene ninguna homogeneidad en apariencia.

Hácia la mitad de esa lengua de arena, se encuentran las líneas españolas que consisten en una porción de garitas blancas de aduaneros delante de un foso medio cegado que separa la España de la posesion inglesa.

La ciudad de Gibraltar se encuentra á la falda de la pendiente Oeste de la roca; es una población pequeña encerrada entre la montaña y el mar, que no tiene, por decirlo así, mas que una calle de ménos de un cuarto de legua, y que principia en el punto donde el banco de arena se junta con la roca. En Gibraltar no hay ningun edificio notable; en punto á monumentos antiguos, solo posee los restos de un antiguo palacio moruno, que se halla convertido en un depósito de productos manufacturados en Inglaterra, que sirven casi exclusivamente para fomentar el contrabando en España.

La población se compone de ingleses, españoles y marroquíes, y presenta la misma variedad de trajes que de hombres de todos colores y de diversas lenguas. Además del inglés habitante que anda por lo comun con una sombrilla blanca en la mano, se ve tambien al inglés viajero con su casaquilla redonda de lienzo bien planchada, su gorrita de paño con visera perpendicular, y sus botas del charol mas brillante que se fabrica en la Gran Bretaña. Lo mas curioso son los soldados escoceses de centinela, tostándose á la sombra de una pantalla de esparto acomodada sobre una estaca, que hace el papel de garita. Estos soldados escoceses, que como los demás soldados ingleses son tan fuertes y sólidos en la hora del peligro, producen un efecto singular con sus zapatos con hebillas, sus calzetetas de cuadros rojos y blancos sostenidas bajo la pantorrilla con una liga de raso encarnado, su falda roja, verde y blanca sobre cuyo delantero se columpia, pendiente de su cintura, una especie de redículo de piel de cabra de pelo largo, adornado con cinco bellotas blancas, su chaquetilla de paño rojo, su correa blanca cruzada sobre el pecho, su gorra negra con plumas, alta y abultada, y su mosqueton bronceado con bayoneta de acero pulimentado.

Los españoles visten en Gibraltar el traje andaluz; pero las mujeres se envuelven, aun en el mes de junio, en un ancho manto de paño encarnado con capuchon, ribeteado con una franja de terciopelo negro, con una abertura á cada lado para sacar los brazos.

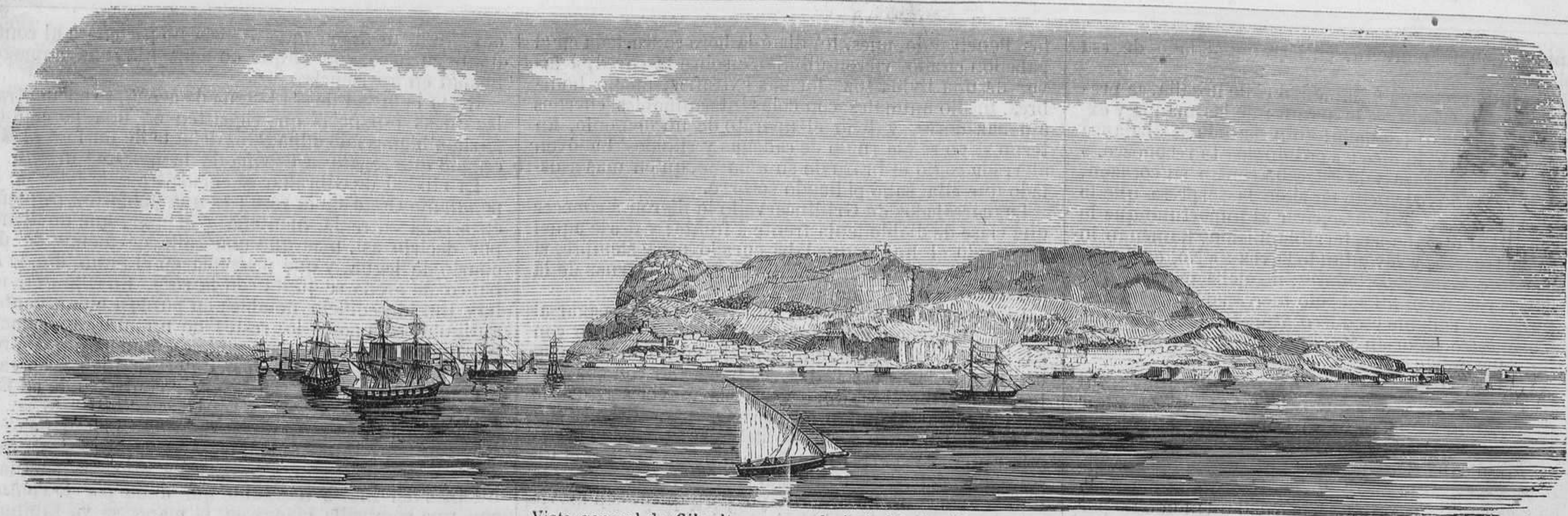
Los marroquíes judíos, siempre afamados en sus negocios, llevan su túnica judía de paño azul sin mangas, sobre otro vestido con mangas de indiana de dibujos menudos, cuya abertura adornada con muchos botoncitos de pasamanería, deja ver su camisa bordada lo mismo que el cuello de un encaje de hilo crudo, muy grueso, pero admirable en cuanto á su dibujo y trabajo. En la cabeza llevan un gorro de paño azul ó negro, y gustan zapato de calzador y rica media.

Los marroquíes verdaderos creyentes, con su aire sereno y su cutis bronceado, llevan un ancho turbante de muselina blanca, y el albornoz blanco les envuelve tan bien, que apenas se ve de ellos otra cosa que las cañas de las piernas desnudas y sus babuchas blancas.

No sin razon se juzga que Gibraltar es inexpugnable. Jamás he visto una fortaleza tan bien fortificada, tan en órden, con tantos cañones y tanta provision de municiones de guerra. Todo ese inmenso peñon, absolutamente inatacable en toda su longitud de su lado *Este*, pues la mar llega al pié de un muro natural de 1400 piés de altura, está guarnecido por las demás partes con dos, tres y cuatro líneas de fortificaciones y baterías sobrepuestas que se dominan una á otra, admirablemente construidas y acerbilladas de negros y gruesos cañones sobre sus cureñas, con montones de balas á los lados. Si en medio de la paz mas profunda se presentase de repente una escuadra y se pusiera en batalla delante de Gibraltar, antes de que hubiera acabado su movimiento, ya los 6 ó 7.000 hombres de guarnición permanente estarían dispuestos á responder al ataque; allitodo está pronto, las provisiones y los hombres, y hay un ojo vigilante que nunca descansa. En un ataque por mar, admitiendo que al cabo de inmensos sacrificios se consiga destruir las fortificaciones que guarnecen la orilla delante de la ciudad, para intentar despues un desembarco (es la única parte en que la poca elevación de la roca lo permita), las desgraciadas tropas aun antes de haber saltado en tierra serían infaliblemente destruidas por las baterías colocadas detrás de la ciudad sobre la altura que dominan todos los puntos de la orilla.

Contra un ataque por tierra, tres y cuatro hileras de admirables fortificaciones escalonadas y sobrepuestas defienden la entrada de la ciudad, y es imposible hacer obras de sitio para batirlas en brecha, no solo porque el terreno es de arena menuda y se halla poco elevado sobre el agua, sino porque las muchas baterías inexpugnables establecidas sobre el peñon que se eleva par allí como cortado á pico, las dominarían de ochocientos ó mil piés. Sin embargo, todo esto no les parece aun bastante á los ingleses, y cada día añaden nuevas defensas y nuevos cañones.

En el número de las baterías que dominan las cercanías de Gibraltar por el lado de tierra, se cuentan las famosas galerías subterráneas practicadas en la roca, y de las cuales acompaño un dibujo. Estas galerías, bóvedas inmensas y pintorescas cortadas en la peña viva, tienen grandes troneras por donde asoman las negras bocas de los cañones de grueso calibre. El trabajo que



Vista general de Gibraltar, cerca de la bahía de Algeciras.

han costado ha sido enorme, pero su utilidad no corresponde á los sacrificios que se han hecho; en cuanto se rompiera en ellas el fuego, se llenarian de un humo sofocante que mataria á los artilleros, además debajo y encima hay otras baterías al aire libre, construidas con el mismo fin y á menos costo, y tan inatacables como las primeras.

Mucho se ha hablado del panorama de la bahía de Nápoles, pero seguramente no es mas admirable en forma ni color, ni mas rico en contrastes y recuerdos que el que se disfruta desde las crestas de Gibraltar.

Cuando despues de una subida larga y penosa se llega á la cúspide de esas crestas, hacia la mitad de su longitud, (y de ahí está tomado el panorama de nuestro dibujo) se descubren sucesivamente las cuevas verticales del peñon, los cuarteles, las fortificaciones con sus infinitas baterías; la ciudad de Gibraltar, roja, amarilla y parda con su doble circuito de negros cañones, y luego la azulada bahía de Algeciras surcada constantemente por muchos buques de vapor y de vela. Mas allá de esa bahía, á la derecha, y dominando las cuevas abrasadas, pero ricas en trigo, que bajan hasta la lengua de arena amarilla, especie de terreno neutro entre la tierra firme y Gibraltar, está el blanco San Roque sobre una de las alturas pintorescas de las montañas de Ronda. Por detrás de San Roque, esas montañas se elevan, se cruzan y toman una tinta azulada hasta el punto de confundirse en el luminoso vapor del horizonte.

Cansados los ojos de la admirable riqueza de forma y de color de ese punto, se vuelven lentamente á la izquierda siguiendo las sinuosidades de esas montañas, y se fijan un momento en frente, á unas dos leguas, en la blanca poblacion de Algeciras que, coronada con la lar-



Soldado escocés de la guardia de Gibraltar.

ga linea de arcos de su acueducto, se refleja graciosamente en su bahía, un poco á la derecha de la bonita isla Verde, sobre cuyo fuerte ondea la bandera española.

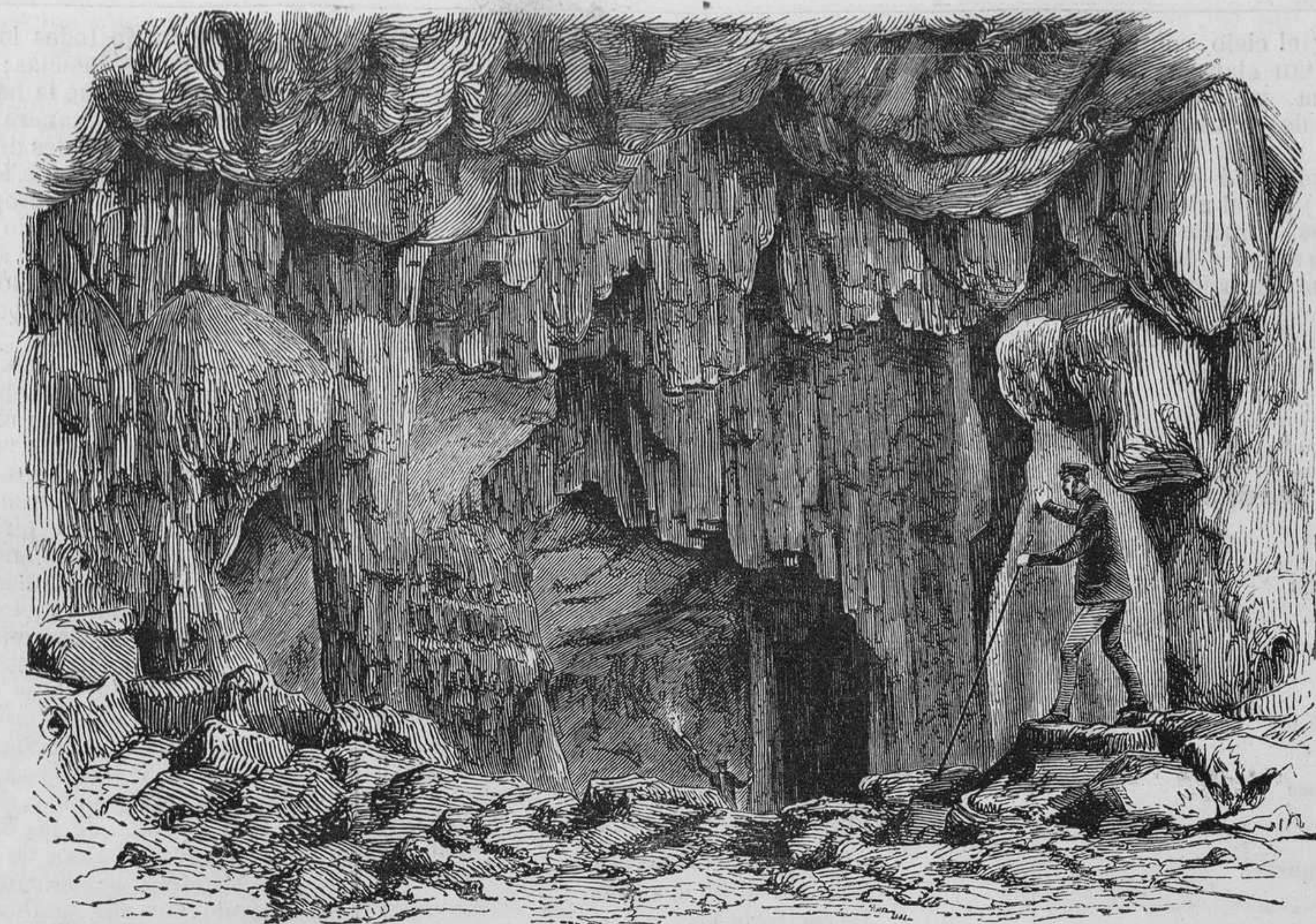
Despues la vista continúa siguiendo las montañas que entónces bajan considerablemente, y terminan un poco mas á la izquierda la segura y hermosa bahía de Algeciras, sumergiéndose poco á poco en la mar y dejando ver á lo léjos por encima de sus cúspides risueñas y bien cultivadas un pedazo del Océano, y aquel terrible punto de Trafalgar donde se dió una batalla tan sangrienta.

Al llegar á ese sitio del panorama, el observador se levanta sobre las puntas de los piés para tratar de descubrir al otro lado de las montañas la torre de Tarifa desde donde Guzman el Bueno lanzó su cuchillo á los sitiadores, que le amenazaban con matar á su hijo prisionero si no les entregaba la ciudad; pero no se ve mas que una de esas mil torrecillas que de legua en legua se elevan sobre esa costa vecina de Africa, que fueron construidas antiguamente para recibir una pequeña guarnicion encargada de rechazar á los piratas de Marruecos y que hoy se hallan convertidas en cuerpos de guardia de aduaneros.

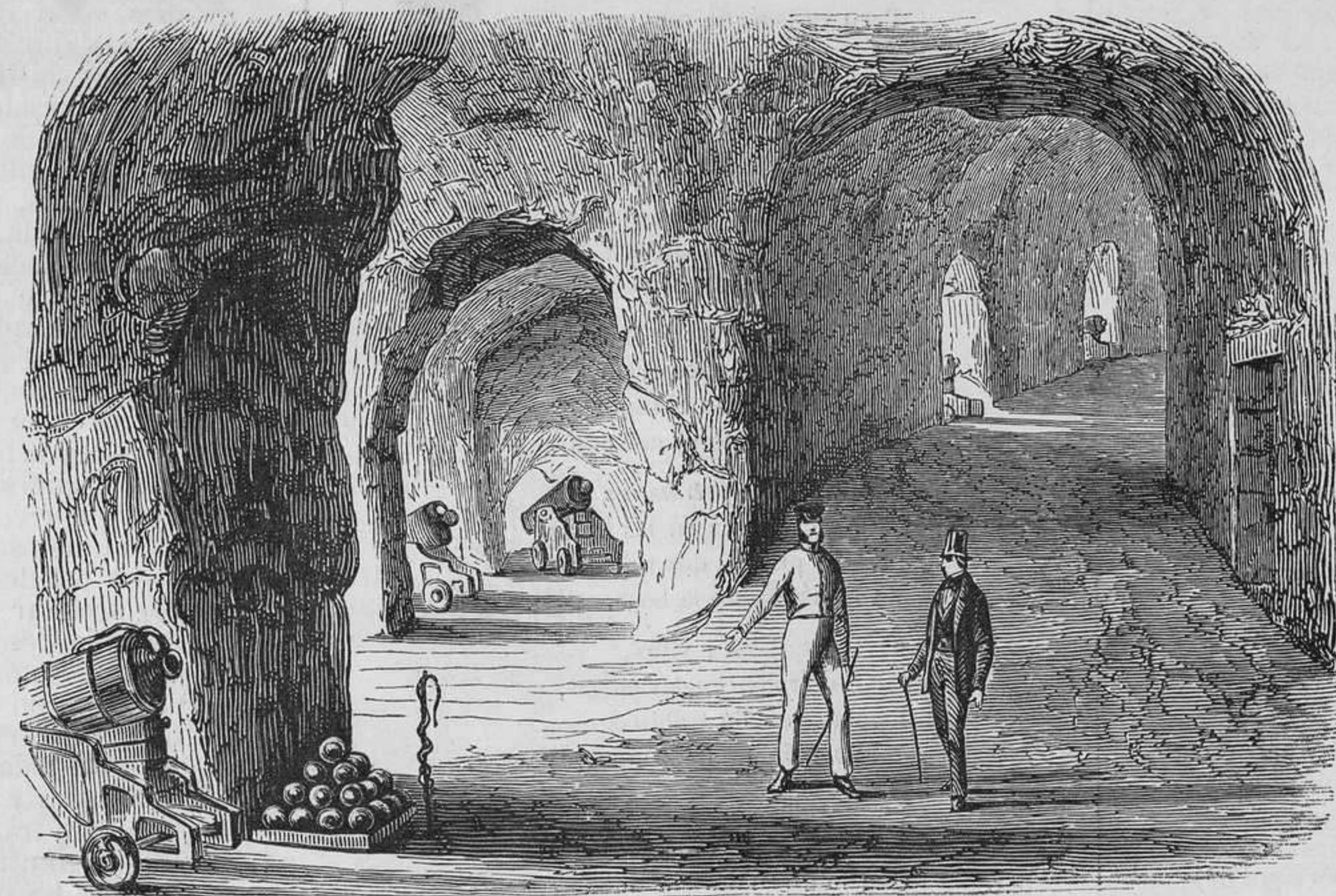
Lo que se distingue del Océano no es mucho; el cabo africano Espartel que cruza á 17 leguas de distancia, oculta su vista y principia por el lado de Africa el estrecho de Gibraltar. Siguiendo ese cabo, un poco á la izquierda, se distingue en el fondo de un golfo y en el polvo dorado que esparce el sol, la blanca ciudad de Tanger, y luego se desarrolla toda la costá de Africa, cortando la mar luminosa en mil pequeños golfos, y presentando como si pudiera tocarse con la mano, tan transparente es allí el aire, una de las famosas columnas de Hércules, alta é imponente.

Antes de seguir mas á la izquierda esa costa tan pintoresca de Marruecos, la vista se vuelve un poco á la derecha para contemplar en la línea de los remolinos del estrecho, línea muy aparente por los grandes espacios luminosos comprendidos entre tres largas rayas azul oscuro, el espectáculo de los buques mercantes y de los vapores que luchan y corren con ansia hacia el Mediterráneo, salvando las terribles corrientes que los rechazan.

En el estrecho de Gibraltar hay una corriente fuertísima, siempre en el mismo sentido que va del Océano al Mediterráneo. Parece que la absorcion de esta mar por el sol, es mas considerable que la cantidad de agua suministrada por los rios que entran en ella, ó bien sucede que arroja el líquido al océano Indio por medio de canales subterráneos. (El mar Rojo es algunos metros mas bajo que el Mediterráneo.) Sea como quiera, lo cierto es que las aguas del Océano se precipitan sin cesar, y con mas violencia aun en las horas de la marea; (en Gibraltar hay apenas tres ó cuatro piés.) Esta corriente empuja hacia las costas de Africa, costas inhospitalarias y muy peligrosas por los arrecifes desconocidos y por las corrientes contrarias que determinan. Es siempre muy difícil el atravesar el estrecho de Gibraltar, y no se puede salir del Mediterráneo sino con buenos vientos de Este, y conservándose lo mas léjos posible de las costas de Africa, cuyos habitantes en las noches de borrasca encienden hogueras para engañar y saquear á los buques que caen en el lazo. Muchas veces he visto cincuenta, sesenta y ochenta buques tratando de salir del estrecho, y he pasado muchas horas con los ojos fijos en ese lugar del panorama asombrándome de la inmensidad del comercio, y mucho mas aun del adelantamiento de las artes, las ciencias y la civilizacion en el



Grua de las calacitas, en Gibraltar.



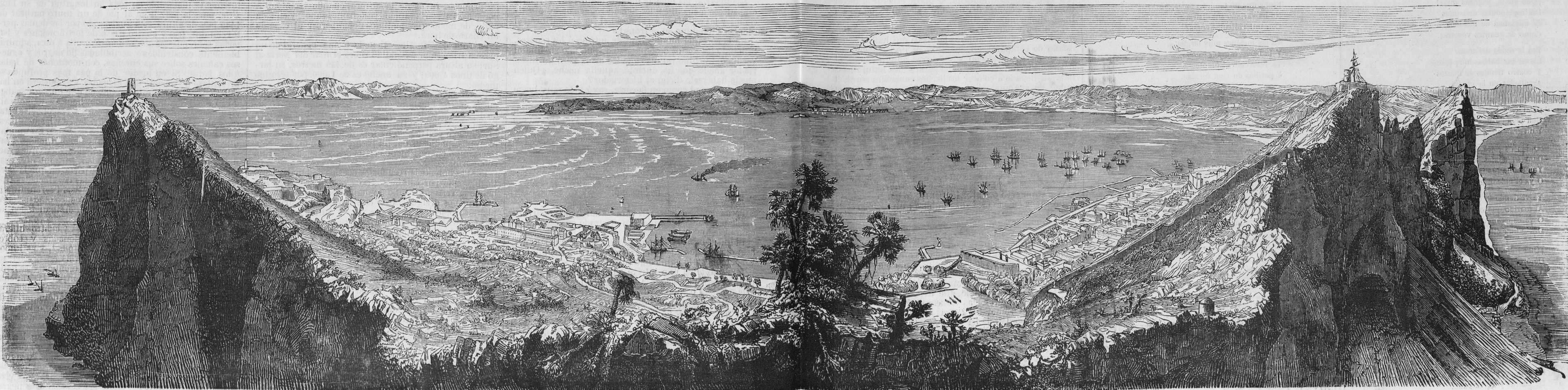
Galería fortificada.

sitio donde estaba yo sentado, y de la ignorancia profunda, y de la barbarie mucho mayor aun tan solo á cuatro leguas de ese punto.

En esa inmensa montaña de Abila en frente de Calpe, se termina el estrecho y principia el Mediterráneo. Desde ese punto, la costa se aleja casi perpendicularmente, y bien luego se descubre la roca y la larga península con las casas blancas de Ceuta donde tiene la España uno de sus principales presidios. Mas allá y por detrás de Ceuta, se ven dos golfos profundos, luego unas montañas bajas y despues á mas de 40 leguas, las nevadas cúspides del Atlas que se pierden en los cielos. Esta vista es asombrosa y forma un cuadro magnífico con las crestas de la roca de Gibraltar y la torre ruinososa de San Jorge que en su extremidad domina la punta de Europa, cubierta de cuarteles, de fortifica-

ciones y de cañones. Aquí concluye la mitad del panorama que se ve representada en nuestro dibujo, y que podria llamarse: vista de la bahía de Algeciras y del estrecho de Gibraltar.

En cuanto á la otra mitad, se presta poco á la descripción, y para formarse una idea de ella, es preciso verla. Muchas veces á eso del mediodía, cuando el calor es mas ardiente, he ido á tomar el fresco sobre la cara perpendicular de la montaña que mira al Oriente, colocándome á la sombra entre dos rocas encima del abismo: á mi derecha, por el lado de Africa, y á contar desde la torre de San Jorge, veia á distancias enormes, tres ó cuatro puntos luminosos en la atmósfera, picos nevados del Atlas, cuyo fin no se descubre; á mi izquierda la sierra de Ronda, y á veinticinco leguas mas allí Málaga que se figura uno entrever, y despues la silueta que apenas puede seguirse en el aire de Sierra Nevada, á cuya falda está Grana-



Panorama y estrecho de Gibraltar, Ceuta y Tanger.

da; en medio del Mediterráneo y el cielo confundién- dose á lo infinito en un azul tan claro, límpido y transparente que su color fascina, y se experimenta como una especie de embriaguez de la mirada de la que sale uno con sentimiento.

Gibraltar fué sorprendido y robado á los españoles (había 80 hombres de guarnición) por el almirante sir Jorge Rooke el 4 de julio de 1704, durante la guerra de sucesión, y al fin de esta guerra en 1713, el tratado de Utrech sancionó este inicuo despojo en favor de la Inglaterra.

A. G.

Historia de las Modas.

Pues es justo que algun día
Me dedique á mis lectoras,
Hoy he de hacerlo escribiendo
Un artículo de modas.

¡La moda! reina del mundo,
Del orbe entero señora,
Que las bellezas del hombre
Con las suyas perfecciona.

¡Qué hermosos tiempos aquellos
En que con sola una hoja
Andaban todos tan guapos
Y tan hechiceras todas!

Mas ¡ay! acabaron pronto
Costumbres tan venturosas,
Y aquellas modas huyeron
Para dar lugar á otras.

Ya el pueblo de Dios andaba
Enfundado en luengas ropas,
Sin desdeñarse ninguno
De ser pastor ó pastora.

Y las niñas de mas dote,
Y las princesas mas monas
Espigaban y lavaban
Y eran cocineras propias.

Vistió el Egipto á sus hijos
Con la esbeltez de sus momias,
Y zampaban puches negros
Esparta y Lacedemonia.

Entre pórfidos y jaspes
Habitaron Grecia y Roma,
Con el néctar de Falerno
Manchando purpúreas togas;

Y servían por las calles
Los polvos de oro de alfombra,
Y de manjar, de las aves
Las lengüecitas canoras.

¡Qué gusto, lectoras mías!
Las espléndidas matronas
Se mudaban de maridos
Como de guantes vosotras.

Era la moda del moro
Llevar las barbas muy foscas
Y cuatro tiendas de lienzos
Arrolladas en la cholla.

Tener fuentes cristalinas,
Grandes palacios y aromas,
Una pipa de dos leguas,
Y un gran almacén de moras.

¡Quién os viera, lectorcitas,
Damas feudales pomposas,
Ya en una mano el venablo,
O ya el halcón en la otra!

Ya vistiendo la coraza
Al marido que os adora,
O ya esperando que torne
Desde una almena ruinosa.

¡Qué trajes! vosotras llenas
De oro, brocados y joyas,
Y el hombre una pierna blanca
Y la opuesta pierna roja.

O vestido él y el caballo
Con tela de cacerolas
Blandiendo en la fuerte diestra
Cuatro arrobas de tizona.

¡Llegad ya, gratos recuerdos
De la ropilla española,
De mangas acuchilladas
De cueras y de valonas!

Cuando andaban tantas brujas
Con su rosario y su doña,
Pastorcitas de las niñas,
Dueñas de anteojos y tocas;

Cuando envueltas en un manto
Iban damas y fregonas,
Asomando medio ojito
De padre y de hermano incógnitas;

Cuando llevando carlancas
Los hidalgos de mas pompa
Asomaban la cabeza
Por aquella intensa gola;

La culta Francia entre tanto
Extendió por toda Europa
Los bordados terciopelos
Y casacas monstruosas.

Parecían perros de aguas
Las cabezas mas pelonas
Con el bosque de cabellos
Que les servía de gorra.

Sus hebras de oro las bellas
En nevada selva tornan,
Y las elevan y tejen
En altísimas corozas.

Atan los hombres sus greñas
Colgando al fin una bolsa
Do encierran los corazones
Que sus gracias enamoran.

Pero ya las que ostentaban
Talle de abispas y moscas
Entre hierros que le oprimen
Y de faldas las engordan,

Al cabo de muchos años
En almohadas se trasforman,
Bajo el brazo la cintura
Y las mangas como bombas.

Su blanca ó morena frente
Con menudos rizos orlan,
Y un calesín con cintajos
Sobre el cráneo se colocan.

Así encantan *petimetres*
Con la campana en las botas,
Frac de piston, dos relojes
Y corbata hasta la boca.

Y ved aquí las levitas,
Cuales largas, cuales cortas,
El pantalon de trabillas
Y el sombrero Babilonia.

Ya estamos en nuestros tiempos;
Ya va acabando esta crónica,
Que lo que falta sin duda
Lo guardais en la memoria.

¡Quién, aunque tenga mi fecha,
Fecha que no tendréis todas,
No ha variado sus disfraces
Con mil ridículas cosas?

Ya las melenas muy largas
Y la barba á usanza goda,
Ya retorcido el bigote
Y patillas de cien formas.

Ya enseñando el zapatito
Y las galgas caprichosas,
Ya con la bota francesa
Y los vestidos de cola.

Ya dos mamparas por cuellos,
Ya... pero hablar no me toca
De modas de hoy; para eso,
Hay periódicos de sobra.

Mas desde Adán hasta el día,
Por mas que cambien las modas,
Las feas siempre son feas,
Las hermosas siempre hermosas.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Ciencias.

Para comprender bien el sentido de esta palabra y definirla con precisión, puede limitarse uno á preguntar á la sana razón, sin hacer descender de las alturas de la filosofía moderna una luz que, debilitándose en razón de la distancia que tiene que recorrer, sería acaso insuficiente. De la sana razón es de donde hemos recibido los conocimientos puestos en orden por el análisis: este regulador de las facultades intelectuales ha

proporcionado todos los materiales para construir el edificio de las ciencias; para conocer bien la obra dirijámonos á los que la han hecho. El espíritu de análisis es justo, y en manera alguna aventurado, porque se detiene en los límites de la vision distinta. Aunque valía escrupulosamente los grados de «verosimilitud» á la que se da el impropio nombre de «probabilidad» (solo lo verdadero es lo realmente «probable» porque es lo único que puede ser probado) el espíritu de análisis no sigue este brillo, demasiadas veces engañoso, y no se satisface todos los caracteres de verdades probadas.

Observemos de paso la influencia que la corrección del lenguaje podría ejercer sobre la rectitud de las ideas; los signos que expresan nuestros pensamientos no siendo sino raras veces susceptibles de exactitud, nos acostumbráramos á contentarnos con el «poco mas ó ménos,» aunque no fuéramos naturalmente inclinados á ello. El espíritu creador de las ciencias debe subir esta pendiente, no emplear sino materiales probados, y colocarlos luego en su lugar.

Las miras lejanas solo servirían para interrumpirle en sus trabajos de construcción. La prudente reserva que se impone no disminuye sus fuerzas cuando se trata de ir en busca de conocimientos nuevos; así procedieron los promotores de las ciencias útiles, y no se expone uno á extraviarse siguiendo los métodos que guiaron á Newton y á Leibnitz, á Buffon y Cuvier, á Montesquieu y Mably, etc.

La definición de las ciencias se encuentra preparada en lo que acabamos de decir; con efecto, las ciencias son sistemas de conocimientos puestos en orden determinado por sus analogías y su mutua dependencia. Hay por consiguiente tantas ciencias diversas, cuantos sistemas ó grupos puedan formarse, cuyo conjunto y detalles estén íntimamente ligados. Deben también contarse algunos mas, porque los hay que se escapan á nuestras clasificaciones, pero que se revelan por los efectos que producen y que no se les puede atribuir á otro conjunto de conocimientos. Tal es, por ejemplo, la «ciencia del mundo» que ciertas gentes poseen á las mil maravillas, y que las dirige con seguridad todo el curso de su vida, cualesquiera que sean sus relaciones con las sociedades que frecuentan.

Es indudable que por una serie de observaciones delicadísimas cada una de estas personas ha adquirido y coordinado conocimientos exactos, cuyo conjunto constituye realmente una ciencia, y cuya aplicación se encuentra en su conducta.

Las bellas artes conseguirían con mas seguridad su objeto si pudieran ceñirse á consultar la razón; los consejos que recibirían de ella serían dictados por una de las numerosas divisiones de la «ciencia del hombre» que por desgracia apenas está en bosquejo. Si es posible acelerar su progreso, será por medios que nos son todavía desconocidos; y como se trata ante todo de conocimientos exactos sobre cada parte de un todo, al que se da con mucha justicia el nombre de «Compendio del universo,» se abstendrá de hipótesis sobre lo que está todavía por descubrir; y no perderá en construcciones y demoliciones sucesivas un tiempo tan precioso para trabajos útiles; observará, pues, recogerá hechos, multiplicará las investigaciones y las comprobaciones hasta que los resultados exactos sean bastante numerosos, y estén bastante analizados para que se entreen las leyes de su producción. Procediendo con esta prudente lentitud, se puede esperar el llegar un día á la «ciencia del hombre» siempre que no sea inaccesible á nuestra inteligencia.

La historia natural es ciertamente una ciencia, aunque no completa y aunque tampoco nos hallemos en estado de comparar en cuanto á su importancia, sus posesiones actuales con sus futuras adquisiciones. Si llegase al término en que debe pararse, los naturalistas habrían llegado á colocar los hechos conocidos según el orden de sus analogías, y esta disposición forma una parte importante de la ciencia. Además de los recursos que ofrece á la memoria, secunda las operaciones del juicio señalando de antemano las relaciones que dispensa de estudiar. Pero si los hechos fuesen en corto número, muy diversos, notables mas que por sus diferencias esenciales y características, por analogías fundadas en sutilezas metafísicas, sería por lo ménos inútil clasificarlos metódicamente y crear palabras para una clasificación de que la inteligencia no puede sacar partido alguno.

Este simulacro de saber ha usurpado por consiguiente un lugar en la enseñanza pública; un método análogo al de los naturalistas ha distribuido las ciencias con una habilidad digna de mejor destino; la memoria de los oyentes ha podido cargarse con este género de instrucción, pero su inteligencia estaba dispensada de tomar parte en ella, porque nada les ofrecía que mereciese el nombre de «conocimientos.» Sin embargo algunas divisiones de ciencias se presentan en cierto modo espontáneamente, y serán admitidas sin reclamación: se sabe, por ejemplo, que á pesar de alguna semejanza de nombres, las ciencias históricas y cronológicas están sometidas á otras leyes, que la historia natural y el orden de las revoluciones experimentadas en el globo; de ningún modo podrán compararse los monumentos geológicos á los que han construido los pueblos.

Las matemáticas dan mucho á otras ciencias, y nada reciben de ellas en cambio; marchan solas, y cualquiera que sea el espacio que tengan que recorrer, llegarán al término de su carrera por sus propias fuerzas.

Las ciencias físicas no gozan de esta independencia;

el auxilio de las matemáticas les es indispensable, y las relaciones íntimas y frecuentes con las ciencias químicas son igualmente provechosas á las unas y á las otras. Por otra parte, ningunas contestaciones debe haber sobre el objeto de los límites y derechos respectivos, las atribuciones están claramente designadas, y cada seccion científica satisfecha en su lote.

Entre la política y la moral, será tal vez forzoso pronunciar el divorcio, y trazar fuertemente la línea divisoria entre la una y la otra. La moral se deriva de la naturaleza del hombre y es, por consecuencia, inmutable, independiente de los lugares y los tiempos. La política no tiene esta firmeza; ciencia de los gobiernos, adopta como principios intereses que ni son uniformes ni constantes, y puede pasar de las doctrinas de Platon á las de Maquiavelo. Sin embargo, los trabajos del legislador exigen el concurso de una y otra, aunque la moral tome en ellos la mayor parte. En el caso en que no concuerden con la política, los debates se terminan amistosamente por medio de concesiones recíprocas. Para aclarar el caos de las ciencias filosóficas, sería preciso que se hubiesen hecho bastantes progresos en el conocimiento de las facultades intelectuales del hombre. Mientras esperamos vernos iluminados por este foco de luces, los eruditos continuarán sus disertaciones filológicas, pondrán mas y mas estorbos en el espacio que hay que desembarazar, y harán mas penosa la extracción de los trabajos científicos encerrados en esta mina. Otras explotaciones no ménos productivas encontrarán sin duda los sabios no ménos animosos para emprenderlas y continuarlas con perseverancia. Casi todas las ciencias necesitan estos trabajos de expurgo, que las harán aparecer en todo su brillo, facilitarán sus progresos, y sobre todo su propagacion. Sobrecargadas de un farrago inmenso, como lo están en el día, su marcha se haría cada vez mas lenta, si no se tuviese cuidado de aligerarlas. Se trata de desembarazarlas de lo que les es extraño, mas no truncarlas para apriorizarlas en pequeños volúmenes: la revision que se pide solo puede ser hecha por talentos eminentemente analíticos; esta revision lo conservaría todo, solo corregiría las imperfecciones, los defectos de organizacion y de este modo haría el cuerpo mas robusto y ágil; se ejecutarían los movimientos con soltura y no parecerían mas difíciles; las ciencias se propagarían entonces con una rapidez de que nuestros libros y nuestros métodos de enseñanza no pueden darnos una idea.

Estamos enfermos hace ya demasiado tiempo para que podamos conocer los efectos de una perfecta salud. Pero á cualquier grado de instruccion á que lleguemos con el auxilio de las ciencias y de los métodos perfeccionados, la naturaleza del entendimiento humano es tal, que nunca conocemos lo que nos es imposible aprender por mas de un camino. Las matemáticas están sometidas, como todas las otras ciencias, á esta ley general; se sabe que los paralogismos se introducen en ella algunas veces, y si no fuesen susceptibles de ningun medio de comprobacion, habria motivos para poner en duda sus demostraciones mas evidentes en apariencia. Las ciencias de aplicacion están todas igualmente provistas de este complemento de prueba. Cada servicio que prestan garantiza la justicia de sus razonamientos y la certeza de sus conclusiones. En cuanto á las «ciencias puramente especulativas,» es fuerza admitirles como tales ciencias, no pueden ser otra cosa que un lujo intelectual, sirviendo todo lo mas para disfrazar bajo una apariencia engañosa una pobreza demasiado real de lo simplemente necesario. Los buenos talentos no se dejan alucinar por estas ilusiones, y van en derechura á lo «útil» que no deja tampoco de tener sus encantos.

Se califica de sabios á todos los que han cultivado las ciencias con algun éxito, pero se da aquel título mas especialmente á los que tienen una profunda erudicion. La Alemania es acaso el país de Europa en que se cuentan estos en mayor número comparativamente á poblaciones iguales. Italia ocupa el segundo lugar, y Francia todo lo mas el tercero. Esta distincion no puede lisonjear el amor propio nacional de la Francia, segun la opinion de Fontanes. «Un pueblo de sabios podría ser bárbaro; un pueblo de literatos no lo sería» ha dicho el antiguo gran maestro de la universidad de Francia. Antes de examinar si esta asercion es verdadera, debe pedirse que la presenten bajo otra forma; que no se vaya á buscar cuales serian los vicios ó las perfecciones de seres quiméricos, tales como los pueblos cuya existencia es absolutamente imposible. Pero bajo otro punto de vista, el pensamiento de Fontanes merece una atencion muy seria: parece cierto, segun la historia, que se ponen mas tachas á la moralidad de los sabios que á la de los literatos. Si esta observacion es exacta, ¿de qué proviene una diferencia tan notable entre estas dos especies de capacidades intelectuales? ¿Se vería la aptitud para las ciencias asociada mas raramente á las facultades sentimentales que se ven los diversos talentos literarios? No se ignora que la inteligencia obedece á las pasiones y las segunda mucho mas frecuentemente que llega á dominarlas. «La ciencia del hombre» resolvería estas importantes cuestiones; puede ella ser el objeto de las meditaciones de todos los hombres verdaderamente dignos del título de filósofos.

AGUSTIN DE ALFARO.

Explicacion de la ascension de los aeronautas.

El principio de Arquimedes es aplicable á los fluidos aeriformes; así es que un sólido *s mergido en un gas, pierde de su peso tanto, como lo que pesa el volumen del gas que desaloja*. Una vez admitido este principio, y conocida la parte del aire, la construccion de un globo, susceptible de elevarse en la atmósfera era, en teoria un problema fácil de resolverse: no así en la práctica, que ofreció bastantes dificultades para que trascurriese un siglo entre la especulacion geométrica de Lana, y el ingenioso descubrimiento de Montgolfier.

La solucion de Lana basaba sobre esta proposicion incontestable. *En los sólidos de figuras semejantes, las superficies crecen como el cuadrado, y los volúmenes como el cubo de los lados homólogos*. Si el diámetro pues, de cuatro esferas, huecas y vacías de aire, están entre sí en la razon de 1, 10, 100 y 1000, sus superficies, y por consiguiente sus pesos, serán como el cuadrado de estos números; es decir, como 1, 100, 10,000 y 1,000,000. Suponiendo que la primera pesa 500 gramas, el peso de las otras tres será 50 kilogramos, 5,000 kilogramos, y 500,000 kilogramos: por consecuencia de su inmersión en el aire, perderán estas esferas de su peso una cantidad proporcionada al volumen de cada una. Supongamos que la primera pierde en dicha inmersión una grama; no pesará por lo mismo mas que 499; la segunda, cuyo volumen es mil veces mayor, perderá un kilogramo; su peso pues quedará en el aire reducido á 49 kilogramos. Aplicando igual razonamiento á la tercera y á la cuarta, cuyos volúmenes son un millon y mil millones de veces mayores que el de la primera, se deducirá que la pérdida de la una es de 1,000 kilogramos, y la de la otra de 1,000,000 de kilogramos. Segun esto, para impedir la caída de la tercera esfera, es preciso oponerle una fuerza de 4,000 kilogramos, dirigida verticalmente de abajo arriba; es decir, que es preciso sostener las cuatro quintas partes de su peso; en cuanto á la cuarta, siendo su fuerza ascensional doble de su peso, se elevará sobre la superficie de la tierra, si otra fuerza de 500 kilogramos no la retiene. La enorme cantidad de metal que sería necesario emplear para construir una proyeccion esférica que pueda satisfacer las condiciones indicadas y la imposibilidad de impedir que la presión atmosférica no la rompa, son dos obstáculos que deben alejar siempre de cualquier entendimiento sabio la idea de pretender realizar el pensamiento de Lana.

El aire caliente encerrado en una envoltura flexible, la mantiene distendida, y hace por consiguiente equilibrio á la presión atmosférica, aunque su peso sea inferior al del volumen de aire exterior que desaloja. Tal es el principio sobre el cual descansa el descubrimiento de Montgolfier. En 1793 hizo ver que una envoltura esférica de papel unido con tela, plegada sobre sí misma, y en su parte inferior, con un apéndice ó tubo del largo solamente de algunos decímetros, se inflaba gradualmente, así que se quemaban debajo de la abertura de dicho apéndice materias de fácil combustion. A medida que la esfera se desenvolvía, crecía progresivamente en ella la tendencia á elevarse; de manera que para retenerla era preciso emplear un esfuerzo tanto mayor, cuanto mas considerables eran sus dimensiones.

En conclusion, la fuerza ascensional de un globo tiene por medida el exceso de peso del aire desalojado, mas el de la envoltura, el del gas que encierra y el de los demás accesorios.

Viaje al interior de Africa (Costa de Oro.)

(Artículo primero.)

EL MARIGOT DE LAS PALMERAS (1) — BATTO. — EL PASO POR LOS PANTANOS. — EL RIO DE AKBA. — VISITA DEL REY MUNÉ.

M. Augusto Bouët, teniente de marina, solicitó del gobierno francés hace algunos años el favor de emprender la exploracion de una corriente de agua caudalosa de la Costa de Oro (Africa Occidental) á cuya embocadura posee la Francia el establecimiento llamado del Gran Bassam.

Vamos á dar aquí el curioso relato de aquella expedicion peligrosa, tomando del parte oficial algunos detalles pintorescos sobre los usos y costumbres de los habitantes de esa costa, con todas las demás explicaciones suministradas por M. Augusto Bouët para acompañar los dibujos copiados de sus croquis por M. Kerjean que ha navegado largo tiempo por aquellos parajes.

... Habia resuelto, dice M. Bouët, penetrar en el interior del país con el vapor del Estado *Serpent* que yo mandaba, principiando por la corriente de agua llamada de *Batto*, que se separa del rio de *Gran-Bassam*, en la aldea de *Abra*, á unas siete millas de la factoría francesa establecida á orillas de la mar. Salí pues una mañana de la factoría, y principiámos á subir por unas orillas desconocidas cubiertas de una vegetacion portentosa; sobre todo la orilla derecha se hacia notable por la belleza de sus bosques que subian en anfiteatro

(1) Llamam *marigot* un curso de agua formado por las lluvias donde apenas hay corriente.

por las colinas. En la orilla izquierda se veian por todas partes paletuvios gigantescos que bañaban sus raíces en las aguas. Un silencio solemne acompañaba nuestra marcha turbada solo por el ruido del vapor y por los gritos de algunos monos espantados que saltaban entre las ramas. Tambien encontramos algunas pesquerías, que indicaban la proximidad de las habitaciones de los naturales, pero no descubrimos ningun hombre. Ya hacia tiempo que subiamos la corriente de agua cuando noté que las dos orillas se alejaban, hasta que al fin nos encontramos á la entrada de un lago magnífico, cuya vasta extension se hallaba limitada al horizonte por bosques inmensos. Mandé echar el ancla y envié dos embarcaciones con gente para explorar aquellos sitios, y el resultado fué que me anunciaron que habia barras peligrosas por todas partes, y que la mayor altura del agua era de un metro; el fondo no presentaba mas que fango, y despues de los bancos habian descubierto la entrada de un pequeño marigot donde habia 7 y 8 metros de agua.

La empresa era peligrosa, pero no pude decidirme á abandonar mi proyecto de exploracion, y me decidí á pasar adelante, aunque el buque calaba precisamente un metro de agua.

El buque principiá pues á arrastrarse lentamente rozando el fango hasta que bien luego nos hallamos en otro sitio donde habia mas agua. Poco despues descubrí la entrada del pequeño marigot, y entré en él sin titubear.

Muy difícil sería pintar con el debido acierto el delicioso paisaje que se ofreció á nuestra vista. Las dos orillas bastante cercanas una á otra, estaban cubiertas de palmeras de todas las formas y todas las especies. Bandadas de aves acuáticas se levantaban espantadas al pasar nosotros, y revoloteaban sobre nuestras cabezas; el anfiteatro de las colinas de la orilla derecha se elevaba mas y mas dominando aquella selva de palmeras que nos rodeaba; el agua mas clara y mas límpida que en el lago, se habia vuelto dulce enteramente, y por último cuando habiamos andado dos ó tres millas, vimos la entrada de un segundo lago, que no parecia ménos extenso que el primero. Desgraciadamente, los límites de esta noticia no me permiten dar cuenta al lector de mi exploracion en ese segundo lago, que llamé despues el lago de *Aguien*, como habia llamado al primero el lago de *Batto*, por el nombre de los pueblos mas próximos.

En el lago de *Aguien* se desvanecieron mis esperanzas de penetrar enteramente en el interior del Africa, por ese ramal del rio, pues llegué á la extremidad del lago en medio de los inmensos bosques vírgenes y desiertos que le terminaban, sin hallar la menor salida.

El bonito marigot que une los dos lagos, fué bautizado tambien por mí con el nombre de *Marigot de las Palmeras*, y el adjunto dibujo representa su entrada por el lado de *Batto*. A la derecha se halla una isla pequeña, y algunas piraguas á la izquierda, pero estas piraguas no se mostraron en mi primera excursion; las vimos despues, cuando se dispó el terror de los indígenas y pude entenderme con sus jefes.

BATTO. — PASO POR LOS PANTANOS.

Volví al lago de *Batto* remolcando la goleta del Estado *el Marigot*, pues muchos *bámbaras* (1) me habian hablado con tanto entusiasmo del pueblo de *Batto*, situado á dos ó tres leguas de las orillas del lago, que resolví visitarle, á pesar de los miasmas pestíferos que se desprenden de aquellas aguas estancadas que debiamos atravesar, y que costaron la vida á muchos de mis compañeros de viaje.

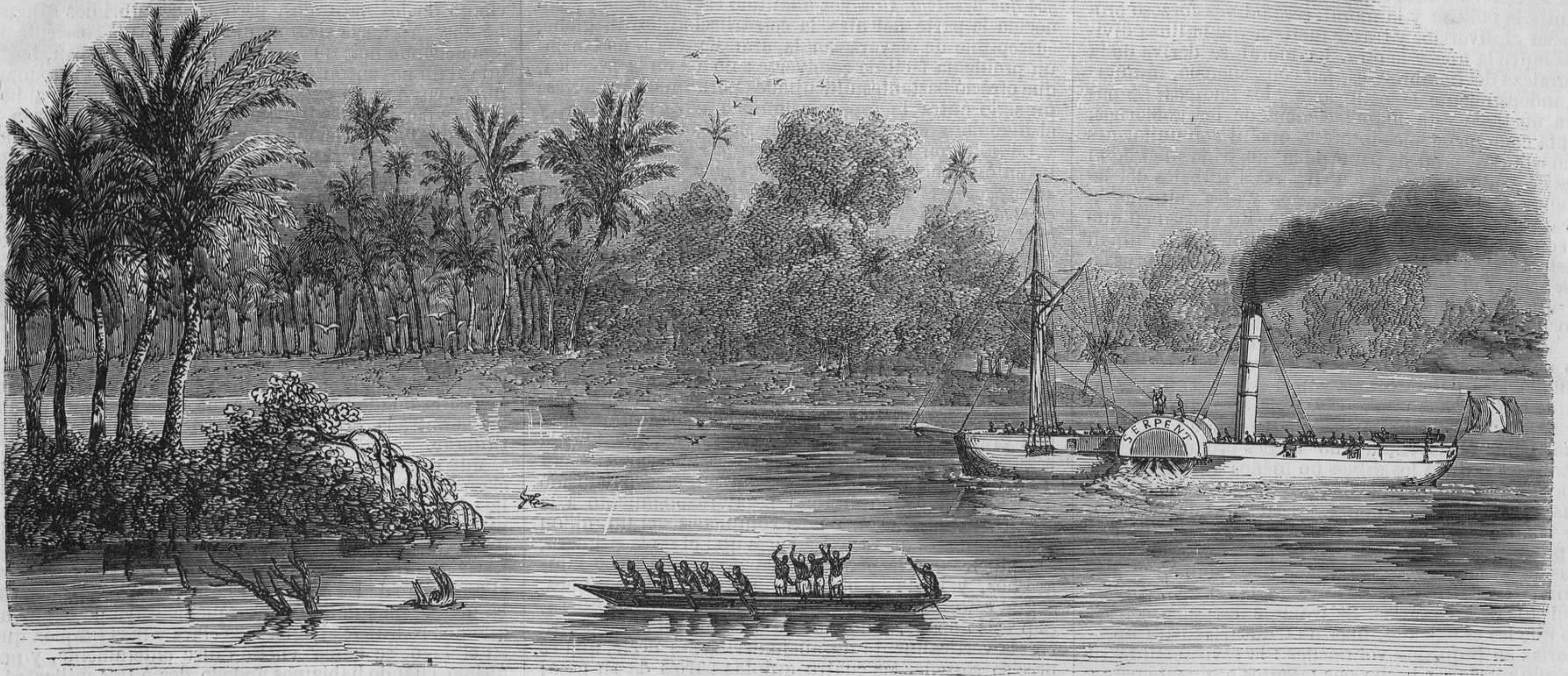
Batto era sin embargo un pueblo demasiado importante para que dejara yo de visitarle, y de establecer en él relaciones de comercio y de amistad con su rey. Esa antigua poblacion africana, muy rica en polvo de oro, segun me dijeron, se hallaba situada en el camino de las caravanas que llegaban del interior del Africa, y por su posicion estaba llamada á ser el depósito de cambio de las mercancías europeas y africanas.

Salí pues, habiendo advertido ántes mi visita al rey de *Batto* llamado *Luba*, y al desembarcar sobre la playa encontré unos cien guerreros que me enviaba el rey, vestidos todos con el traje de guerra. Cuando digo traje, no sé si exafero, pues salvo un cinturón que llaman *langutti*, estaban enteramente desnudos, lo que no obsta para que sus cuerpos y rostros estuvieran pintorrotados de blanco, de amarillo y sobre todo de encarnado. Todos ellos llevaban en la cintura una cartuchera de piel de elefante adornada con un ancho cuchillo, y al hombro uno de esos largos fusiles que los ingleses llaman *tong dane*. Como no tienen balas cargan los fusiles con pedazos de cobre hechos de varillas cortadas, de modo que las heridas que hacen estos proyectiles son muy malas.

Desde los primeros pasos de nuestro camino, permanecimos maravillados de la hermosura de los bosques que atravesabamos; de distancia en distancia veiamos aldeas de donde las mujeres se precipitaban con curiosidad á nuestro paso; los hombres solo se presentaban armados. Nuestra escolta de guerreros nos precedía, haciendo resonar en los bosques sus gritos salvajes á los que respondian otros por aquellas profundidades.

Por fin llegamos á la orilla de aquellos pantanos fu-

(1) Los *bámbaras* son una nacion poderosa del interior del Africa, cerca de *Sego* sobre el Niger. Comercian con las tribus del litoral, y en su calidad de extranjeros sirven de mediadores entre esos pueblos que siempre se hallan en guerra.



El Marigot de las Palmeras.

nestos, y en verdad confieso que estuve á punto de no pasar adelante. Figúrese el lector una vasta llanura pantanosa, donde el fango tiene de hondo unos diez metros, y donde no hay otro camino que una serie de troncos flotantes sobre los cuales se resbala uno á cada momento... Por poco que se pierda el equilibrio, se sumerge uno en el fango; además no siempre están unidos aquellos troncos, y muy á menudo es preciso saltar de uno á otro un espacio muy ancho, y por último se elevan á cinco metros de la superficie unos vapores fétidos que envuelven al viajero por todas partes.

Sin embargo, á pesar de tanto peligro, no tuvimos que lamentar ninguna desgracia, y pudimos llegar al borde de las colinas sobre las cuales está Batto; hora y media habíamos pasado en aquella horrible caminata por medio de los pantanos!...

De ese sitio á Batto no hay mas que cuevas; los bosques que se atraviesan son muy hermosos y producen árboles gigantescos.

Bien luego distinguimos algunas cabañas, y poco despues llegamos á la entrada de Batto, que confieso nos sorprendió al primer golpe de vista. Sin embargo, esta admiración no puede compararse con la que produce una ciudad europea; las poblaciones africanas carecen totalmente de monumentos; sus casas de tosca construcción se hallan edificadas casi todas por el mismo modelo; lo que me llamó la atención en Batto desde la altura en que me hallaba fué la magnífica perspectiva que tenía delante.

Una calle muy ancha se extendía hasta perderse de vista, con casas pintadas de veinte colores diferentes y rodeadas de huertas de cocoteros, plátanos y cañas de azúcar. Una inmensa muchedumbre llenaba las plazas, pues era la primera vez que veían blancos en su país, y nuestros brillantes uniformes aumentaban la curiosidad en sumogrado. Las mujeres se hacían notar por sus exclamaciones de asombro, y venían á reirse á nuestras barbas con el mayor descaro; pero en cuanto hacíamos el menor ademán echaban á correr llenas de miedo.

Nuestro recibimiento fué pomposo: nuestra escolta de honor se había reunido ántes de llegar al pueblo, y con sus cornetas, sus tan-tanes y sus escopetazos, hacían el ruido mas infernal que pueda imaginarse. El rey Luba nos esperaba á la entrada, con su gran baston de puño de oro, señal de su soberanía. Su traje era bastante rico: un ancho manto de una tela de seda gruesa y de un color brillante, le envolvía hasta las

que despues de haber consultado á sus ídolos, nos concedieron el permiso de entrar en Batto.

Nos encaminamos á la morada del rey escoltados por una bulliciosa muchedumbre, y al cabo de una hora llegamos á ella rendidos de cansancio. Pedí á Luba por uno de mis bámbaras intérprete, que nos diera un local para descansar y para ponernos al abrigo de la extremada curiosidad de su pueblo.

Luba nos dió al instante un vasto aposento, especie de sala de consejo donde se veían unos bancos circulares de tierra cubiertos con esteras; además nos hizo sacar vino de palma, que es una bebida muy refrescante, cocos y cañas de azúcar, y por último cercó la casa con una guardia de sus guerreros para impedir que se aproximara la muchedumbre.

Despues de refrescar bien, nos extendimos sobre las esteras y echamos una siesta. Cuando se templó un poco el calor del día, pensamos en visitar aquella población, que segun dicen es una de las mas antiguas de Africa. Entónces pudimos conocer hasta que punto habíamos excitado la curiosidad del sexo femenino. Las mujeres de Luba, que serian unas veinte, habían practicado unos agujeros en la tapia de barro y paja de nuestro aposento, y por ellos se asomaban tres ó cuatro cabezas de negras.

Luba entró á vernos, y le dijimos que queríamos visitar su serrallo, petición que sabia yo no era indiscreta segun las costumbres del país; en efecto, nos llevó, y entramos en un segundo cuarto, con el mismo adorno del nuestro donde habria reunidas unas veinte mujeres entre jóvenes y viejas; estas se

hallaban ocupadas en hacer cocer patatas y pescado, y las otras jugaban y reían. Una de las jóvenes corrió á tomar agua para frotarnos las manos; nuestro intérprete nos dijo que querían cerciorarse de que no nos habíamos pintado el cuerpo de blanco, como se le pintan sus guerreros en su traje de batalla.

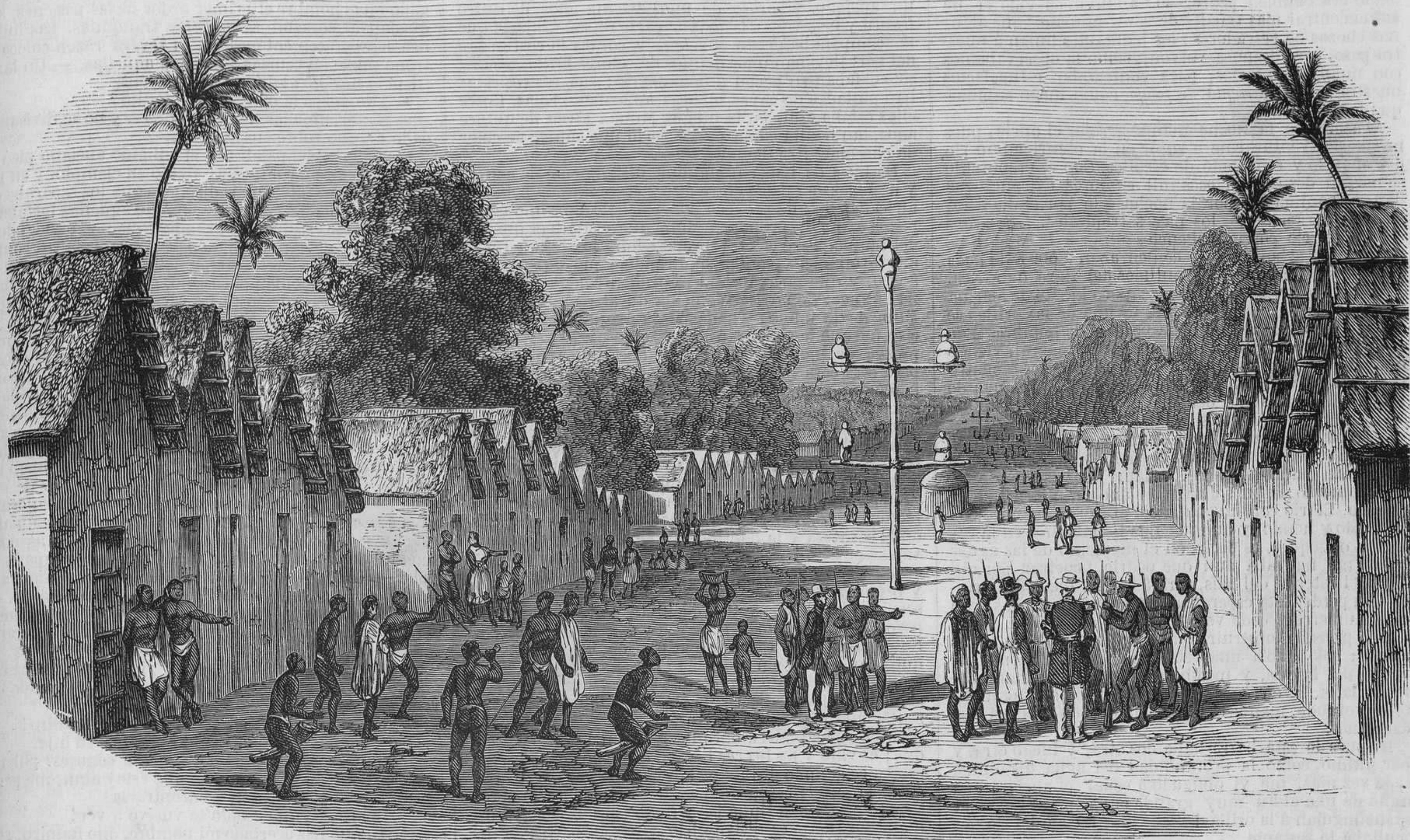
Pronto salimos, pues se reían de nosotros á careajadas, y principiámos nuestra excursion por el pueblo, acompañados de Luba y de sus grandes dignatarios.



Paso de los pantanos en el camino de Batto.

piernas; á la cintura llevaba un rico puñal, y su cabeza iba cubierta con un sombrero redondo negro. A su lado iban sus ministros, sus parientes y *fetiqueros* (1)

(1) La religion de estos pueblos es el *fetiquismo*; los *fetiques* son calabazas, vasijas ó estatuas toscas consagradas por los *fetiqueros* ó sacerdotes, á quienes oven como oráculos. El adjunto dibujo de Batto representa una especie de cruz á cuyas puntas hay estatuas ó *fetiques* destinados á proteger el país.



Vista de Batto.

Habíamos empleado una hora por la mañana para llegar de la entrada de Batto á la casa del rey, y el mismo tiempo gastamos para ir de su casa al otro extremo de la población de donde juzgo yo que la larga calle que constituye el pueblo de Batto, puede tener dos leguas; en cuanto á sus habitantes, creo que habrá, por lo ménos, 10,000 almas.

Antes de anochecer estábamos de vuelta y pensamos en nuestra comida. Luba nos había mandado preparar un asqueroso guisado de caza hecho con aceite de palma, que dejamos á nuestros guías, contentándonos con algunos huevos frescos, y con las provisiones que por precaución habíamos llevado.

Pasamos una buena noche en nuestra dura cama, tan rendidos estábamos, y á la mañana siguiente después de habernos despedido de Luba con quien tuve una larga conferencia y á quien había colmado de regalos, nos pusimos de nuevo en camino con el mismo ceremonial, y llegamos á bordo del *Serpent*.

Como aquellos parajes dañaban tanto nuestra salud, me propuse dejarlos y penetrar mas adentro en el país por el lago de *Ajuén*.

RIO DE AKBA.—VISITA DEL REY MUNÉ.

... El rio de Akba es otro ramal del Gran-Bassam,

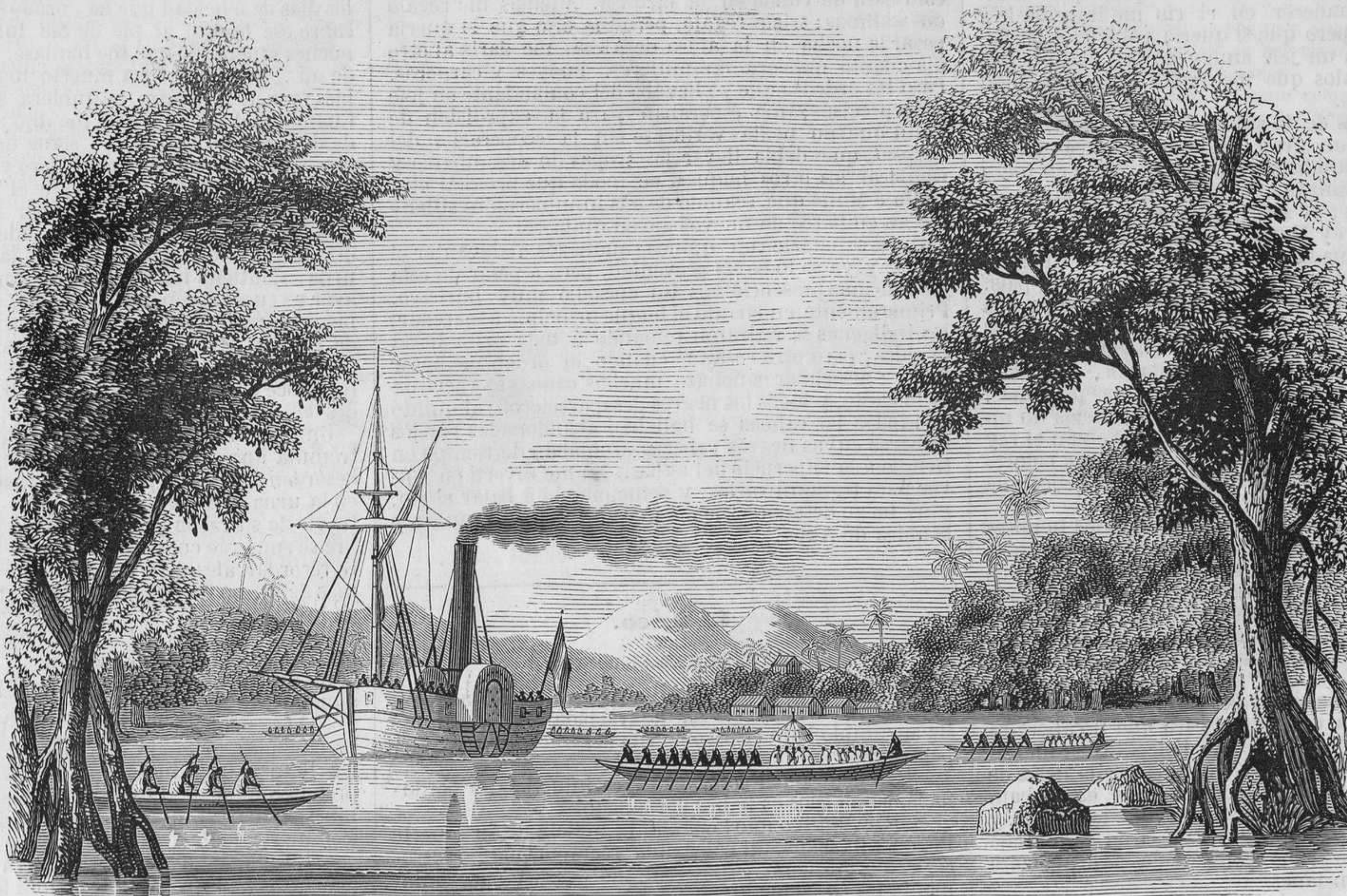
que sale de este rio á unas dos millas del mar, en frente de la misma aldea de Gran-Bassam, y se dirige derecho hácia el Norte.

Sobre sus márgenes, y á unas ocho millas de la embocadura se hallan situadas las tres grandes aldeas de

rey Peter (1), que se llamaba Gogo y cuya compañía me fué de grande utilidad, porque habiéndose educado en Paris á expensas del gobierno, sabía el francés perfectamente

Al acercarme á las aldeas de la tribu de los Akkamen oímos resonar en los bosques la trompa de guerra, cuyos penetrantes sonidos se oyen desde muy lejos; evidentemente, era una señal, y por lo que podía suceder nos pusimos alerta, y proseguimos en silencio nuestro camino por delante de las tres aldeas.

Habíamos llegado al punto mas extremo de las exploraciones que se habían hecho hasta el día en aquel rio; el aspecto de sus aguas, y la configuración del terreno, parecían demostrar que era un rio efectivamente y no un marigot formado por las aguas pluviales. Era estrecho, y se hallaba guarnecido de bosques seculares cuya flora parecia diferente de la de los otros ramales del Gran-Bassam.



El rey Muné dirigiéndose a bordo del *Serpent*.

Yalm, Imperie, y Diad, pertenecientes á la tribu belicosa de los Akkamen. Hacia tiempo que deseaba yo explorar ese rio, pues su direccion constante al Norte hacia presumir que penetraba muy adentro en el país.

Salí pues una mañana, bien provisto de regalos para los jefes de las tribus nuevas que encontrase, acompañado de mis intérpretes bámbaras y del sobrino del

(1) Como sobrino, debía suceder á su tío en perjuicio de sus hijos, pues las sucesiones al trono no se hacian sino por línea colateral femenina. Estos pueblos dan por razon que jamás se puede estar seguro de la virtud de una mujer para certificar que los hijos pertenecen en efecto á su marido, en tanto que se puede asegurar que los hijos de la hermana son sin duda alguna de la misma sangre que su tío.

De distancia en distancia encontramos rocas, y el fondo era también pedregoso. Anduvimos todo el día sin encontrar mas señales de seres humanos que algunas chozas de pescadores; los habitantes huían á nuestro paso, pero despues volvian, como lo observabamos con nuestros anteojos, para contemplar estupefactos nuestra grande piragua de fuego, como luego supimos que la llamaban.

Al acercarse la noche mandé arrojar el ancla, pues no queria aventurarme á subir en la oscuridad un rio desconocido y sembrado de escollos. Con el crepúsculo se habian despertado esos mil rumores extraños que dan mas animación por la noche que por el día á los bosques vírgenes de los países tropicales. Las aguas azules del rio corrían silenciosamente á la sombra de los copudos árboles, y se comenzaban á oír á lo lejos los gritos del chacal y los aullidos del tigre de Africa. A media noche nos despertamos por el grito de alarma de un vigilante; en los bosques de una de las orillas se oía el ruido del paso de una porcion de hombres ó de animales; mandé hacer una descarga general, viendo que no querian respondernos, y entonces tres ó cuatro palmeras se vinieron abajo, sin duda por la fuga de muchos animales que debían ser elefantes, que abundan mucho en aquellos sitios.

A la otra mañana mandé explorar el bosque, y se hallaron enormes huellas en el suelo, pero estas huellas conducian demasiado lejos, y llamé á los exploradores; un momento despues alzaba el ancla y proseguia mi camino. El rio continuaba hacia el Norte, siempre encajonado y hondo, y aunque nos hallabamos en la estacion de sequio, es decir, en el momento de las aguas bajas, me figuraba aun que podria penetrar por allí hasta el interior del país, pero á eso del mediodía principié á perder esta esperanza. En efecto, las rocas eran mas numerosas cada vez, y llegué por fin á un paraje donde parecian obstruir completamente el curso de las aguas; solo habia una estrecha abertura, apenas del ancho del buque, y medio cubierta por las ramas de los árboles. Hice reconocer el paso, y como el agua estaba profunda, mandé seguir adelante, con muchas precauciones.

Despues de esta barra hallamos otra, y luego otra, y por último, como la profundidad del agua disminuía cada vez mas, me ví obligado á echar el ancla á una milla de una aldea muy grande cuyas primeras casas se distinguian á la orilla derecha; un recodo del rio nos ocultaba lo restante.

Ya sabia yo por mis bámbaras que esa aldea se llamaba Akba, y que era tributaria de Amadifa, rey de A tacha, y uno de los mas fieles de la Francia. Akba es lo mismo que Batto, un vasto depósito del comercio del oro; de Akba sacan los akkamen el oro para cambiarlo por las mercancías de los muchos buques ingleses que frecuentan aquella costa. Yo debia, pues, intentarlo todo para quitarles el monopolio de ese rico comercio, y envié mis bámbaras intérpretes á prevenir al rey de Akba de mi llegada. Le mandé á decir que el poco tiempo que podia permanecer en el rio me impedia ir á verle en persona; pero que si queria pasar él á bordo, le recibiria como á un jefe amigo de mi nacion, y le entregaria los regalos que me habia dado para él el rey de los franceses.

Una hora despues de la salida de mis bámbaras, oímos hacia la aldea un gran ruido de trompas y tantanes, una muchedumbre de habitantes corria en todos sentidos á la orilla, lanzando al agua las canoas: pronto supimos lo que era; el sobrino de Peter volvió anunciándome que el rey Muné queria visitarme, de toda ceremonia, acompañado de sus fetiqueros, de sus mujeres, de sus ministros y de todas las canoas del país.

Tomé mis precauciones hasta ver en lo que paraba aquella fiesta, y al cabo de algunos instantes vimos desembocar por la punta de la aldea una piragua muy grande cubierta con un ancho quita-sol, seguida á cierta distancia por otras embarcaciones mas pequeñas. En la piragua grande que parecia desde lejos un inmenso paraguas marchando sobre el rio, venian el rey y su comitiva. El quitasol regio era de veinte colores diferentes, y sus compartimientos llevaban espejos que relucian al sol como carbunclos.

Queriendo hacer por mi parte los debidos honores al rey Muné, mandé á mis griotes ó músicos errantes que llevaba á bordo que entraran en ejercicio con sus tantanes. No me atreví á disparar ningun cañonazo por no asustarlos, y dejé este honor para cuando se marchara el rey, despues que le hubieramos dado todas las explicaciones convenientes sobre la explosion de una pieza de artilleria.

Cuando se acercaron las canoas, noté como cierta incertidumbre en la del rey, y para que no abortara aquella visita, envié al punto un botecillo con un oficial encargado de presentar al rey una vasija llena de ron como primicias de los regalos que le esperaban. Muné y sus fetiqueros vaciaron al instante la bebida, y conmovidos con la galanteria, se pusieron en marcha hacia nosotros dando gritos acompañados de la algazara de sus cornetas y tantanes.

En cuanto abordó la piragua real, el buque se vio como investido por un hormiguero de canoas cargadas de ciudadanos negros; sin embargo, no descubri que llevaran armas. Recibí á Muné en medio de mi estado mayor con el ceremonial de usanza, y le conduje al puesto de honor á popa; sus mujeres, así como los ministros y los fetiqueros, no tardaron mucho en rodearle. El pobre hombre temblaba y parecia muerto de miedo, lo mismo que sus súbditos, de los cuales no dejé subir mas que unos pocos, porque de otro modo

no se habria podido dar un paso en el buque. Muné es un anciano vigoroso de unos sesenta años, de rostro franco y benévolo: la mayor parte de las mujeres que le acompañaban eran jóvenes, y contra la costumbre del país llevaban unos mantos de colores brillantes que solo dejaban su pecho á descubierto; sus rostros estaban pintados de rayas blancas, amarillas ó rojas. Entre ellas estaba también la hija de Muné, joven de quince años, tan bonita como puede serlo una mujer de color de chocolate: se llamaba Duré.

Despues de haber hecho una distribución de azúcar y de hojas de tabaco entre aquel enjambre de beldades africanas, lo que provocó por parte de ellas una estrepitosa alegría, propuse á Muné que visitara el interior del buque. Pero á esta proposición, los fetiqueros se arrojaron á sus plantas suplicándole que no accediera á ello, y que no expusiera imprudentemente su persona sagrada. Como esta comedia duraba mucho, cogí á Muné de la mano, y le llevé á la máquina, donde preciso fué que le siguieran sus fetiqueros. El rey apenas prestaba atención á las explicaciones que se le daban, pero otra cosa fué cuando mandé poner en movimiento la máquina. Al punto que esto sucedió, los fetiqueros echaron á correr dando gritos, y á pesar de todos mis esfuerzos no pude impedir que Muné los siguiera. Pero cuando llegó sobre cubierta, y vió que todos nosotros nos reiamos á carcajadas de aquella escena, le dió vergüenza, y no puso ninguna dificultad en bajar con sus mujeres á la cámara. Yo habia mandado preparar una buena comida para obsequiarle, pues gozabamos viendo la sorpresa y la admiración de aquellos pobres salvajes por los menores detalles de la vida á bordo.

Nunca habian probado el pan ni el vino, y comieron y bebieron vorazmente. Muné examinó como yo me servia del tenedor y del cuchillo, y quiso imitarme, pero al punto se cortó la mano y recorrió á sus dedos. Noté que las mujeres y aun la hija de Muné se habian quedado detrás sin querer tomar nada; yo le dije á Muné que en Francia no habia esa costumbre, y venciendo su repugnancia y la de sus fetiqueros, las hice sentar á la mesa con nosotros.

Muné principiaba á encontrarse bien á bordo del buque; el vino y los licores habian excitado su cerebro, y estaba rebosando de júbilo. Los súbditos contemplaban desde la puerta como comia y bebia su soberano, y de tiempo en tiempo Muné les arrojaba pedazos de pan, ó me pedia ron para distribuirlo entre ellos. Yo veia llegar el instante en que se acababan nuestras provisiones de pan y de ron, y quise por ser un término á las desinteresadas prodigalidades de mi nuevo amigo. Le advertí pues que debiendo volverme ántes de anochecer, me veia obligado á dejarle, y entonces trajeron los regalos que le estaban destinados. Muné lloró casi de alegría y me juró tomándose las manos, que todos los franceses eran hijos suyos y que los recibiria como á tales, y en prueba de esto me entregó su propio hijo para que le presentara al comandante en jefe cuando estuviera de vuelta en la factoria. Además me regaló dos gallinas; triste regalo, pero me dijo que si queria pasar la noche en la aldea de Akba, me daria al otro día cuanto quisiera en mujeres, bueyes y carneros. Pero las órdenes que yo llevaba del comandante en jefe eran precisas; me esperaban para la expedición de Yahu que no podia verificarse sin la cooperación del *Serpent*, que debia llevar las tropas de desembarco y remolcar los otros buques, de modo que prometí otra visita á Muné que, seguido de sus innumerables súbditos, se embarcó de nuevo bajo su quita-sol.

Quise saludarle con quince cañonazos al levantar el ancla, y ya se lo habia prevenido, pero á pesar de esta precaución presenciamos un episodio muy burlesco. Primeramente, en cuanto el buque principié á marchar, los indígenas se retiraron remando á toda prisa hacia la aldea, pero otra cosa fué cuando di órden de hacer fuego: al primer cañonazo muchas canoas se vaciaron al instante, y todos los negros desaparecieron; al quinto casi todas las canoas se hallaban abandonadas por los remeros cuyas negras cabezas asomaban de tiempo en tiempo á la superficie del agua... No me divertí en volver para tranquilizarlos, y principiando á bajar el rio, muy luego desaparecieron á nuestros ojos las canoas y la aldea de Akba.

El Loco.

LEYENDA DEL SIGLO XIV.

— Hoy hace dos años, D. Rodrigo, que mi maldición cayó sobre la cabeza de mi desgraciada hija, y la infeliz sucumbió bajo el peso de sus desgracias y su desesperación.

— Olvidad, buen conde, vuestra injusticia, y perdonaos, como Dios os habrá perdonado.

— ¡Oh, amigo mio! cuando la noticia de su muerte llegó á mis oídos, mi cólera fué reemplazada por atroces remordimientos, que han ido desgastando lentamente mi corazón.

Así hablaban montados sobre belicosos trotones dos caballeros castallanos. — El calor les habia obligado á desnudarse del pesado casco. La tristeza era el único sentimiento que se advertia en el rostro de uno de ellos. Su cabeza cubierta de largas canas formaba un contraste singular con la negrura de su caballo y el color melancólico de sus armas. — El otro desconocido montaba un fogoso alazan, que tascando el duro freno, se encabritaba por libertarse de la rienda que le sujetaba á la mano de su diestro ginete. Habia este entrado ya

en el segundo tercio de la vida, edad feliz en que apagado en el hombre el primer ardor de las pasiones, solo quedan al corazón sensaciones tranquilas. Las ilusiones desaparecen entonces, y la severa razón coloca su trono sobre las cenizas que dejan aquellas. — Un largo silencio sucedió al diálogo antecedente.

— ¿No veis á la derecha un castillo?

— Sí; arruinadas están sus torres, y no se divisa soldado alguno sobre sus almenas.

Diciendo estas palabras, el afligido anciano picó su negro corcel, su compañero siguió su ejemplo, y en pocos momentos salvaron la distancia que los separaba del ruinoso edificio. — Era este una de aquellas fortalezas en que se encerraban los grandes, cuando olvidando el respeto que debían á su monarca, se rebelaban contra sus órdenes. El tiempo habia deteriorado las inmensas moles que componian el castillo, ofreciendo sin embargo un asilo seguro contra las revueltas de aquella época, en que la ley era la espada, y la razón la fuerza.

En medio de una bóveda oscura se alzaba un túmulo cubierto de paño negro: varias armas se veían colgadas en desorden de las húmedas paredes: otro paño trasparente ocultaba un objeto: al pié de él se hallaba sentado un joven. — Su edad frisaba en los veintisiete años; negros eran sus ojos y melancólicos, y negra también la espesa barba que le pendía hasta el pecho. Sus largos cabellos esparcidos y en desorden daban un aspecto siniestro á toda su figura; y el desaliño de sus vestidos formaba un raro contraste con la hermosura de sus facciones y la altivez de su frente. Contemplaba este ser misterioso, como sumergido en dulce arrobamiento, al objeto que yacía oculto bajo el trasparente velo. — El ruido que hicieron al llegar dos figuras armadas de punta en blanco, le sacó de su letargo. — Entonces se levantó precipitadamente, y sacudiendo con fuerza la mano del mas anciano, le gritó separándole de la puerta:

— Atrevido, ¿qué vas á hacer? ¿impedirme el paso? El anciano, al oír aquella voz, exclamó cayendo de rodillas:

— ¡Te doy gracias, Dios mio! ¡Ramiro, Ramiro!

El conde habia reconocido al esposo de su hija.

— ¿Quién me llama? ¿De dónde me conoces? ¡Silencio, por Dios! Si el conde sabe que estoy aquí, me perseguirá y no podré partir á encontrarla.

— ¡Infeliz, en qué estado te vuelvo á ver!

— Y tú que has acertado mi nombre, dijo Ramiro, ¿la conociste? Prométeme guardar secreto, y tela enseñaré.

Alza entonces con mano trémula el velo que momentos ántes contemplaba extasiado, y presentó á la vista de los guerreros un busto groseramente labrado, y en el que el conde creyó encontrar alguna semejanza con el rostro de su hija.

— ¿La ves? continuó Ramiro. — Ella se apartó de mí, y yo que no podia vivir lejos de su lado, he formado otra Julia. — A mí me debe mas que á su padre; á este le debe el sér, pero á mí me debe un segundo sér, y los días de felicidad que ha gozado sobre la tierra. Aquí, sobre ese banco, al pié de esa imagen, he pasado las noches esperando que me llamase. Cuando se despidió de mí... porque no ha muerto todavía, ¡oh!... Si hubiese muerto, Ramiro la hubiera seguido al sepulcro. Cuando se despidió de mí me dijo: Ramiro... si dentro de dos años no he vuelto, sigue una luz que verás, y al término del camino, allí estaré yo: si la luz no pareciese enciéndela tú; guarda que el viento no la apague. — Entonces sentirás el suave olor de abrasados perfumes, oírás el armonioso cántico de los ángeles... Mira, dijo dirigiéndose á un rincón de la estancia, ¿ves esta urna? Contiene tantas piedras como días han pasado; ayer se cumplieron los dos años, y viendo que la luz bienhechora no parecia, he colocado un gran número de ellas en diversos parajes del castillo.

— No puedo mas... exclamó el conde. ¡Ramiro!... Reconoce en mí á ese bárbaro padre; al verdugo de tu desventurada esposa.

Un sudor frio cubrió la frente de Ramiro; su mano trémula apartaba maquinalmente los cabellos que en desorden ocultaban parte de su rostro. — Sus ojos fijos en la urna que estaba á sus piés, manifestaban el extravío de su razón y la distracción total en que el hombre se sumerge cuando, ocupado de una sola idea, quiere recordar algun suceso lejano, pero que la memoria, mas débil, no ha podido retener. Al fin, con risa amarga le contestó:

— ¡Ah! ¡no eres tú!... si tú fueras el conde, ya me hubieras atravesado el corazón.

Un humo espeso y sofocante empezó á penetrar en aquella bóveda.

— Los escuderos del conde y de D. Rodrigo entraron precipitados, gritando que todo el edificio era presa de las llamas. Las luces que Ramiro habia encendido prendieron fuego al castillo. Lanzase el conde sobre Ramiro, quien al divisar el resplandor de las llamas se asió fuertemente del lecho mortuario.

— ¡Julia, Julia! ¡ya te sigo! ¡ya oigo el concierto de las voces! ¡ya siento el aroma de los perfumes! ¡Bárbaro! dijo volviéndose al conde que intentaba arrancarle de aquel sitio de destrucción. Sí, tú eres su padre; pero no me apartarás otra vez de su lado.

Y el ruido de las paredes al calcinarse, y el resplandor y humo de las llamas se le figuraban á aquel infeliz el aroma de los inciensos y el cántico de los ángeles. — Las llamas penetraron en la bóveda; D. Rodrigo arastró al conde, mal de su grado, y medio sofocado ya por el humo, lejos de aquel lugar de desolación; en medio del estrépito de las paredes al desplomarse se oía la voz de Ramiro, que fija siempre en su imaginación

la promesa de Julia, entonaba una lúgubre canción. En un sitio en que pocos días antes se elevaba un ruinoso castillo se veía un sepulcro de mármol negro con la siguiente inscripción:

A LA MEMORIA DE D. RAMIRO PIMENTEL,
Y DE JULIA DE MENDOZA.

Un anciano vertiendo lágrimas de dolor oraba con fervor al pie de este monumento. Era el conde.

Una tertulia en casa de Samuel Johnson.

Era el mes de noviembre de 1776, y había fiesta en Lichtfeld, en casa de la amable condesa de Se. Todo lo más notable de la ciudad y sus alrededores, lo más distinguido en la magistratura, en hacienda y en letras, estaba allí reunido. Y si aquel día la multitud era numerosa y brillante en aquel salón tan hospitalario á los buenos contertulios, no era únicamente por gozar de la noble y graciosa acogida. Milady saludando á cada uno en particular con una palabra afectuosa ó con una sonrisa encantadora, era sobre todo porque Samuel Johnson debía ser uno de los convidados. Ver y saludar al sabio y famoso filólogo, aprovechar el único día que debía pasar en la ciudad que le vio nacer para oírle y admirarle, al célebre autor del romance *Rasselas*; rodearle en círculo curioso, y procurar leer en sus ojos, oír de sus labios una de las muchas verdades filosóficas de que tanto abundaban, he aquí lo que se proponía aquella muchedumbre tan curiosa y tan entusiasta. Johnson debía, según les habían dicho, comer en casa de la condesa, y no retirarse hasta muy tarde de la tertulia. Sabido esto, todo el mundo pensaba que la exactitud era la política de los grandes hombres, como debe serlo de los reyes. A las siete todos los convidados habían llegado, y la condesa no aguardaba á nadie, á excepción del que había sido la causa de que se hubieran reunido tan temprano, el mismo Samuel Johnson.

Por espacio de dos horas le esperaron con bastante paciencia; se habló, se jugó, y se admitieron con mucha galantería las excusas de la condesa, que yendo de grupo en grupo y de mesa en mesa, imploraba indulgencia para ella misma y para su querido doctor que tanto se retardaba. Pero cuando dieron las nueve la impaciencia comenzó á ser más viva, todos se creían con derecho á quejarse, á hablar alto contra Johnson, á murmurar por lo bajo contra la condesa. Descontentos de no poder admirar al ilustre doctor, todo el mundo se apresuraba á criticarle. Ciertos viejos nobles muy respetados en el condado, y algunos otros que se creían tan dignos como ellos, se encarnizaron mucho contra el doctor á quien habían visto otras veces tan complaciente y tan humilde en la tienda de su padre el librero, y que ahora abusaba de su celebridad con tanta impertinencia. La condesa estaba en el colmo de la desesperación, y había puesto á todos sus criados en movimiento, con orden de buscar por todas partes á Johnson, y traerle muerto ó vivo: comprendió perfectamente que si la tertulia se concluía de este modo, sus salones perdían para siempre su reputación. Pero todos habían corrido en vano, y volvían diciendo que no habían encontrado á nadie por los caminos que había puesto impracticables la nieve que caía en abundancia.

— Es positivo, dijo la condesa, no vendrá.
— Esperad aun, milady, esperad, la dijo el viejo sir Butler respondiendo á su desesperada exclamación: conozco á Johnson, y sé lo que valen sus promesas: estad segura que vendrá: algun accidente grave é imprevisto puede muy bien haberle detenido hasta esta hora; pero por nada en el mundo dejará de venir.

— ¡Eh! me permitiréis ser más desconfiado y dudar de la exactitud de Johnson, añadió otro viejo baron: en otro tiempo quizá hubiera creído en ello; pero estamos á 21 de noviembre, y me acuerdo que es un día fatal para el doctor: hace algunos años que vino como hoy á Lichtfeld, le convidé á comer á mi casa, y no fui más dichoso que milady; le esperé en vano hasta media noche.

— ¡Vaya una cosa verdaderamente extraña! dijo un magistrado que se había mezclado en la conversación; el año pasado fui tan desgraciado como Vds. en mi convite. Johnson me prometió asistir y no asistió, y recuerdo perfectamente era también el 21 de noviembre.

— Somos ya tres: ¡sí será juguete de la fatalidad! exclamó la condesa.

— No importa, le dijo muy bajo Butler, esperad siempre. Si se impacientan, si murmuran en derredor nuestro, haceis servir el té.

La condesa obedeció con mucha oportunidad, porque todo el mundo se levantaba ya para salir.

Pero aquello no era más que una tregua, un plazo ganado á la impaciencia. Cuando se recogieron los restos del té volvieron á empezar los murmullos y los preparativos de la marcha. Toda la tertulia iba á retirarse, cuando un criado abriendo con estrépito las puertas del salón, pronunció en medio de aquella concurrencia el nombre mágico de Samuel Johnson.

En efecto entró el doctor; pero las personas que le trataban con mas familiaridad, sus más íntimos amigos, apenas le reconocieron.

No tenía aquel aire noble, orgulloso y casi altanero: no se hallaba en su persona aquella dignidad que imponía aun á sus enemigos: estaba pálido, débil, abatido, agobiado por el cansancio. Sus vestidos estaban en un completo desorden y llenos de nieve y de barro. Apenas hubo dado algunos pasos en el salón, cuando

todos advirtieron lo extraño de su fisonomía, lo que produjo en los circunstantes un terrible estupor. Pero él no vió ni oyó nada; atravesando á pasos agigantados por medio de aquella numerosa concurrencia que le abría paso, se dirigió hácia la condesa y se detuvo delante de ella únicamente para saludarla con el mayor respeto y besarla la mano.

— Hace muchas horas que os esperamos, mi querido doctor, le dijo ella con una sonrisa tan dulce y tan graciosa, que parecía su perdón, y verdaderamente casi tenemos derecho de recordaros para castigaros un poco las palabras tan políticas de vuestra *Rasselas*: « ¡Es muy tarde; ¡es muy tarde! »

— Lo sé, milady, lo sé, dijo Johnson; pero perdonadme haber faltado á mi promesa cuando os la hice: cuando acepté vuestra invitación, se me había olvidado que me designaba un día muy fatal para mí, un día infausto en mi vida, ¡el 21 de noviembre!... ¿Pero qué he dicho? ¡Con ello os revelo, milady, la primer palabra de un misterio que no podeis saber, que no podeis comprender!... pero, continuó dando un profundo suspiro que revelaba los terribles esfuerzos y todas las agonías de una lucha interior, pero, milady, voy á contároslo todo: escuchadme.

La condesa hizo una discreta insinuación para que se alejase la multitud que se agolpaba con curiosidad en derredor de Johnson.

— ¡No! exclama, que se acerque todo el mundo, que me oigan todos, esto hará mayor mi expiación.

« Un día, hace cuarenta años, porque era el 21 de noviembre de 1786, mi padre anciano y enfermo me dijo: « San, coge la carreta: hoy estoy malo; nieva muchísimo; tengo miedo al frío; ve al mercado de Walsall; colócate en mi puesto y vende los libros por mí. » Para hablarme así, mi padre había sacado una voz lo más tierna y lo más suplicante, y me estrechaba las mias contra sus manos trémulas y heladas. ¡No le obedecí!... sí, lo repito para mi baldón; joven, robusto y vigoroso, rechacé la suplica de un padre anciano. Neciamente enfatuado con los conocimientos que gracias á él había adquirido, rechacé su suplica, cuando hasta entonces había vivido con el pan ganado con su trabajo. Entonces más suplicante aun, y con una dulzura cuyo recuerdo me mata, insistió mi padre: « Vamos, San, vé, buen hijo, vé á Walsall; ya sabes que somos pobres, y sería una lástima perder un día de mercado. » Al hablarme así mi padre me miraba con los ojos llenos de lágrimas; estaba inclinado hácia mí, casi á mis pies. Y sin embargo, yo falso sabio, moralista impostor, lleno de orgullo rehusaba aun, me avergonzaba de hacerme comerciante por algunas horas; tenía á ménos ir á ganar por mí mismo un pedazo del pan que hasta entonces me había alimentado.

« El anciano no me habló una palabra más; se levantó del sillón en que estaba cómodamente sentado, y débil, tambaleándose y temblando de fiebre y de frío, hizo los preparativos de su marcha; arregló como pudo la carreta, y sin dirigirme una sola palabra, una mirada, salió. El tiempo era terrible; la nieve caía como hoy á espesos copos, y un viento del Norte soplabá con violencia: por la tarde el frío era intenso; no dejaba de nevar, y cada oleada del viento que iba arrojando por instantes era capaz de derribar una encina. ¡Los remordimientos empezaron á apoderarse de mi alma! temblaba por mi padre, y á medida que entraba la noche temía más que no pudiese sufrir aquel frío terrible que me helaba y me paralizaba á mí mismo. Con el alma inquieta y azorada me coloqué á la puerta de nuestra casa y allí esperé: iban á dar las diez cuando creí oír rodar la carreta sobre la nieve: mi corazón latía con violencia; pero cuando se paró el carruaje nadie se apeó; miré al interior, y vi á mi pobre padre tendido sin movimiento: sus miembros estaban helados. Le cogí en mis brazos y le llevé al lado de una gran hoguera que había preparado de antemano; pero era demasiado tarde; ni el benéfico calor ni mis cuidados pudieron reanimar á mi padre... ¡estaba muerto! »

Al pronunciar estas últimas palabras el doctor se cubrió la cara con las manos como para ocultar á todos las lágrimas abrasadoras que corrían por sus mejillas: y en seguida continuó sollozando: « Hace cuarenta años que murió mi padre, y que yo, hijo desobediente é ingrato, fui su verdugo. Pues bien, desde entonces procuro expiar mi crimen: desde entonces, sea cualquiera la parte del mundo en que me encuentre, vengo á Lichtfeld el 21 de noviembre, y el camino que no quise andar en la carreta, le ando á pie y sin comer. Recorro á pasos lentos aquel largo camino que vió la agonía de mi padre y que oyó su último suspiro; en seguida me detengo cuatro horas en la plaza del mercado de Walsall con la cabeza descubierta, los pies descalzos sobre la nieve en el mismo sitio en que mi padre tuvo tantos años su puesto de libros, y en que ganó mi sustento. Y allí, mientras que por la frialdad de la nieve y la lluvia quedan ateridos mis miembros, ruego al cielo que haga soplar sobre mi cabeza aquel viento Norte que quitó la vida al anciano. Hace cuarenta años que cumplí esta peregrinación: he pasado de la edad que tenía mi padre cuando murió, y aun me acuerdo siempre de él... aun no puedo morir. »

Los sollozos del doctor iban en aumento, y despues levantando la cabeza dijo con una sonrisa terrible: « ¡De qué me sirven estos recuerdos, estas lágrimas tardías! No es allí, no es sobre la plaza de Walsall, sobre aquel sitio de mi arrepentimiento, donde concebí estas palabras de *Rasselas* que habeis encontrado tan sublimes y que me recordais á todas horas: « ¡es demasiado tarde! ¡es demasiado tarde! »

La condesa no procuró consolar á Johnson; ella y todos los circunstantes unieron sus lágrimas á las del anciano arrepentido. A media noche todos se retiraron del sitio á que habían ido á buscar un placer para el alma, y de donde llevaban una lección para el corazón.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Sobre las reuniones íntimas. — Las levitas de piel de carnero. — Los trajes impermeables. — Decadencia del frac negro. — Necesidad en que es á todo elegante de tener una docena de fracs. — Siguen á la moda los chalecos de chal. — Los pantalones raquíticos. — Contraste entre los trajes de mujer y los trajes de hombres. — Sobre las nuevas telas. — Descripción del figurín de este número.

No conozco nada mejor ni más dulce en la vida que el rato que se pasa en reunión al lado de una chimenea, por la noche, cuando se habla sin pretensión entre amigos ó amigas de todas las novedades parisienses. Salen á relucir en esa conversación íntima los baños de mar, las aguas termales, las carreras de caballos, los actores, las actrices y las comedias nuevas, y luego los concurrentes se separan contentos unos de otros, porque cada cual ha sabido hacerse concesiones de amor propio, como se usa entre gentes de buena compañía. ¡Ah! si los hombres quisieran, volveríamos á la edad de oro, á aquellos tiempos primitivos de nuestros antepasados... Ya hay cierta tendencia á esas costumbres sencillas y pastoriles, pues la mayor parte de los elegantes se visten con la *piel de carnero*.

No hablo de broma: los largos levitones á la moda se hacen de un paño ceniciento y grueso como una coraza, que llaman *piel de carnero*, sin que sepamos por qué ni cómo, como tampoco lo saben los que las hacen ni los que las llevan.

Pero si hay ciertos elegantes que consenten en disfrazarse con semejante tela, en cambio hay otros que van envueltos en vestidos de goma elástica ó caucho. Esto es muy feo, pero es muy cómodo, y luego se ahorra llevar paraguas, ese chisme engorroso y detestable.

Hablemos ahora seriamente de las nuevas modas. Decididamente, los hombres nos copian en todas las cosas, pues se mandan hacer tantos fracs como vestidos nos hacemos nosotras. Antiguamente un hombre, cualquiera que fuese su fortuna, podía presentarse con un solo frac en los bailes, en las reuniones y en el teatro, lo mismo en el palacio de un ministro que en el salón de la señora de sus pensamientos; con tal de que el frac fuera negro, todo estaba corriente. Hoy el frac negro no se considera ya como prenda de vestir, y solo se admite accidentalmente en los Italianos ó en la Opera. Los dos colores á la moda son el paño azul inglés, y el matiz fainado dorado con cuello cubierto de terciopelo y botones de metal dorados, lisos ó poco labrados.

Además de los colores del paño, lo que caracteriza la novedad de los fracs, es la metamorfosis completa que han sufrido los faldones, que son muy largos y de una anchura proporcional. El delantero se lleva abotonado con tres botones ó abierto para dejar á descubierto el chaleco y la camisa. Todos los cuellos son de terciopelo.

La forma de los chalecos de vestir es de chal muy abierto. Los transparentes de seda de color de rosa ó de terciopelo *epingle* azul celeste siguen muy en favor; aunque la idea no sea nueva, esto es siempre bonito y elegante.

Los pantalones se hacen de dos maneras diferentes, semi-ajustados y enteramente ajustados.

Los de color claro como el satin color de perla se hacen semi-ajustados; los negros dibujan las piernas, ni más ni ménos que un calzoncillo de punto.

Con las levitas largas y los pantalones enteramente ajustados, ciertos hombres se parecen por delante á las aves del Jardín de Plantas, que comunmente se llaman grullas. Los pantalones que imitan el tejido de punto se llevan muy cortos y apenas cubren los tobillos: además, llevan una abertura de 10 cent., abajo de la costura de lado, cerrada con tres botoncitos de seda. Es imposible imaginar una moda más raquítica. ¡Qué contraste tan grotesco existe entre el traje de las mujeres y el de los hombres!... Las mujeres con sus enaguas de crinolina parecen campanas que se pasean.

Las telas de pantalones son extravagantes hasta el último extremo. Los hay de género oriental, con árboles, con pájaros, con navíos. No me sorprendería que vinieran á usarse con una batalla del Alma en miniatura. Aun se ven muchos con dibujos de tablero de damas y anchas rayas, pero las telas mas en voga son la felpilla de lana y la ratina, con bandas en relieve sobre las costuras.

Para montar á caballo con motivo de los sports de Long-champs, la moda ha proclamado una nueva tela llamada *cuero de Rusia*, tela que es tan flexible como elástica. Estos pantalones llevan por abajo un cuero charolado de 45 cent. de anchura, dispuesto en forma de bota de campana, con una gruesa bellota de seda cosida encima; además, es indispensable la trabilla. Los fracs de montar á caballo se abotonan derechos y se redondean en escape por abajo; el cuello es de terciopelo y los botones de metal; el verde imperial es el color predilecto.

A los chalecos de piel de topo y de gamo han sucedido el terciopelo carmesí y la felpilla color de perla con botones de metal dorado ó plateado.

Para paletós tenemos tambien dos nuevos artículos, uno llamado *tela-esponja*, tan grueso como tres natinas juntas. Con esta tela quieren hacer vestidos de dos caras para que puedan ponerse distintamente de uno ú otro lado: por una cara el color es bronceado, y por la otra verde oscuro. El segundo artículo es impermeable, inaccesible al frío y á la lluvia; con esto se harán paletós largos y anchos, ribeteados al rededor con un galon de cuatro centímetros. Estos paletós servirán para salir de carruaje.

Para tener mejores noticias de los trajes á la orden del día, suplico á mis lectores que tengan la bondad de consultar el figurín del presente número donde se ven representados dos vestidos de la última elegancia. En la primera figura se ve un hombre de treinta y cinco años con un sobretodo de natina

bronceado oscuro; no lleva mas que una hilera de botones, y aun estos se hallan ocultos por una cartera interior: debajo se puede llevar un frac ó una levita, con chaleco de chal cruzado ó de solapas anchas.

Pantalón con pintas en las bandas, derecho de piernas y con trabillas.

La segunda figura representa un jóven de veinticinco años, en traje de teatro.

Frac de paño negro con botones de seda, sostenido por delante con un doble boton; el cuello está cortado en V, y como las solapas, va cubierto de seda. Talle corto, faldones largos, forrados de raso, mangas anchas y bocamangas sin abertura.

Chaleco de piqué blanco y de chal con cinco botones, pero largo y derecho sobre las caderas.

Pantalón negro, holgado de piernas, ajustado sobre el zapato con hebilla, y sin trabillas.

Se ve además en nuestro figurin un niño de ocho años, con un traje muy sencillo, pero muy á la moda; en primer lugar la *chaqueta argelina*, de terciopelo verde claro, larga y redondeada en escape; vista por detrás, el talle de espalda es ancho; la faldeta va figurada por el corte operado bajo los brazos; no lleva cuello; todo el rededor va adornado con un doble galon cosido llano.

Chaleco de piqué blanco, derecho y abierto por arriba á fin de dejar á descubierto la camisa y la corbata.

Pantalón color de perla, género semi-huisar, plegado por arriba, y con un doble respunte sobre el lado; se lleva con trabillas ó sin ellas.

Por último, tenemos tambien un personaje sentado, con un traje de mañana. Este traje se cubre con un vasto sobretodo, que puede cruzar sobre el pecho por medio de cinco gruesos

botones á cada lado, pero que nuestro hombre deja abierto, porque lleva debajo una levita abotonada.

En la estacion presente se suelen llevar el cuello y las solapas de una sola pieza, y las bocamangas cubiertas de seda acolchada; talle largo, faldones anchos provistos de bolsillos y carteras, y forro interior de raso romano.

La levita, hecha de ratina azul, lleva solapas sobre el delantero; por consiguiente tiene tambien dos hileras de botones, talle un poco largo y faldones hasta las rodillas.

El chaleco, oculto en gran parte por la levita, se lleva, con este traje, de cachemira ó de felpilla de seda, formando grandes solapas; botones por ambos lados, cuadrado por la cintura, y de un largo de cinco centímetros, debajo del talle justo.

Pantalón de fantasía con bandas sobre el lado cayendo sobre la bota, con trabillas ó sin ellas.

Vizcondesa DE RENNEVILLE.

Introduccion y aclimatacion

EN EUROPA DEL GUSANO DE SEDA DEL RICINO COMUN (*BOMBICE CINTHIA*) QUE PRODUCE LA SEDA DE LOS PAÑUELOS DE LA INDIA.

Se efectúa actualmente en Europa un hecho de aclimatacion que será de la mayor importancia. Al cabo de tres años de pruebas inútiles y muy costosas debidas á varios particulares sostenidos por un celo y una perseverancia superior á todo elogio, se ha logrado por fin introducir el famoso gusano de seda indio llamado *Arrindy Erria* (*Bombice Cinthia*) que da la seda con que se hacen los pañuelos de la India, tan célebres por su solidez, así como otros tejidos que nunca se gastan, por decirlo así, y que sirven de vestido á poblaciones enteras en la India inglesa.

La resolucion de este difícil problema se debe á los señores Baruffi, presidente de la facultad de ciencias de Turin, y Bergonzi, residente en Boulogne-sur-Mer, poderosamente secundados por los señores W. Reid, gobernador de Malta, y Piddington, su corresponsal en Calcuta. Gracias á estos cuatro hombres, el Piamonte, la Francia, la Europa entera, y la Argelia van á poseer un nuevo elemento de riqueza agrícola é industrial; un gusano que el campesino mas pobre podrá criar casi sin gasto y sin trabajo, un gusano que se alimenta de hojas de una planta vulgar y de fácil cultivo, el ricino comun, cuyas semillas dan un aceite muy útil para el alumbrado y la fabricacion del jabon.

La introduccion de este nuevo animal doméstico no era fácil: como da un crecido número de generaciones cada año, las fases de su vida eran tan cortas que parecia imposible que pudieran llegar á Europa huevos ó capullos vivos, pues tenian tiempo para salir á luz y morir durante el viaje. Los señores Baruffi y Bergonzi, desesperados de recibir siempre los huevos y los capullos abiertos, trataron de abreviar la duracion del viaje, dividiéndole en dos períodos. Es verdad que hallaron en el señor W. Reid, gobernador de Malta, y agrónomo entendido un apoyo inteligente, y una vez que llegaron huevos á Malta en el momento en que estaban para abrirse, hizo criar en la isla los gusanos, que hicieron capullos y dieron mariposas, y por consiguiente huevos. Esos capullos y esos huevos procedentes de una primera generacion son los que pudieron llegar vivos á Turin.

En el día el señor Baruffi secundado por el señor Griseri, químico entendido, ha logrado obtener dos ge-

neraciones de ese gusano de seda. Desde que fué conocido el buen éxito de la primera generacion en Malta y en Turin, los señores Baruffi y Bergonzi, queriendo



El bombice del ricino.

asegurar la introduccion de esta especie, habian suplicado al señor Reid que les enviara semillas y capullos vivos á Roma, á Toscana, á Cerdeña y al Africa. Además, el señor Baruffi entregó algunos de estos gusanos para la Francia, al embajador de esta nacion en Turin, el señor duque de Guiche, quien los envió á Marsella con todas las precauciones imaginables. La sociedad zoológica de aclimatacion se ocupa en el día de criarlos y propagarlos.

Mientras acaecian estos hechos, los huevos que los señores Baruffi y Bergonzi habian mandado á Toscana, produjeron una buena cria, gracias al señor Savi, muy conocido por sus trabajos de zoología y de anatomía, el cual envió al instante algunos huevos procedentes de esa primera cria á M. Decaisne, que los entregó á M. Milne Edwards, profesor de entomología en el Museo de historia natural de Paris. Estos huevos se abrieron bien, y el docto profesor mostró los gusanos que salieron á la Academia de

ciencias en su sesion del 28 de agosto último. Ignoramos en lo que vinieron á parar los que se enviaron á Marsella, pero si se han criado como los de Paris, deben haber dado sus capullos, y quizás las mariposas y los huevos.

En el Piamonte donde la industria de la seda es como en Francia una fuente de riqueza, la introduccion de este nuevo gusano de seda llama en alto grado la atencion pública. S. A. R. el duque de Génova ha dado gracias al señor Baruffi públicamente por haber dotado á la Europa de este precioso gusano de seda, hecho capital, pues este nuevo animal doméstico se halla llamado á producir una materia enteramente nueva para la industria, sin perjudicar á la hermosa seda del bombyce de la morera.

Nuestro grabado representa en una rama de ricino comun la oruga ó gusano de seda del *Bombice Cinthia*, llegado al momento de tejer su capullo. Esta oruga es de un verde claro, y se halla cubierta de una materia farinosa blanca. Se ven adheridos á esta rama dos capullos, cuyo color es unas veces amarillo y otras blanco, y arriba se ve el insecto en su perfeccion, magnífica mariposa de noche de tonos oscuros, amarillos y blancos.

En la India este gusano de seda da por lo ménos siete cosechas cada año.